

DIPLOMACIA

N° 125 – DICIEMBRE 2012 – SANTIAGO DE CHILE
(ISSN 0716193X)

Literatura, Diplomacia y Globalización

Fernando Reyes Matta

Literatura y Diplomacia

Jorge Edwards

¿Se puede ser Embajador y Escritor?

Roberto Ampuero

Emilio Rodríguez Mendoza: Diplomático y Hombre de Letras

José Miguel Barros Franco

El Poeta Diplomático: Humberto Díaz Casanueva

Jaime Quezada

Un Diplomático

Antonio Skármeta

Inicio en la Diplomacia de Guzmán Cruchaga

Pedro Pablo Guerrero

Entrevista a Jorge Edwards

Pablo Cabrera

Escritor y Diplomático

Marco Antonio de la Parra

Italia

Raúl Zurita

Semblanza Auto Nerudiana

Abraham Quezada

Mi Abuelo Enrique Araya

Rafael Gumucio

Pinceladas Íntimas

Martín Donoso

Recuerdos de Jaime Laso Jarpa

Jorge Edwards

Cultura, Literatura y Diplomacia

Arturo Navarro

DIPLOMACIA

Nº 125 – DICIEMBRE 2012 – SANTIAGO DE CHILE
(ISSN 0716193X)

Literatura, Diplomacia y Globalización
Fernando Reyes Matta

Literatura y Diplomacia
Jorge Edwards

¿Se puede ser Embajador y Escritor?
Roberto Ampuero

Emilio Rodríguez Mendoza: Diplomático y Hombre de Letras
José Miguel Barros Franco

El Poeta Diplomático: Humberto Díaz Casanueva
Jaime Quezada

Un Diplomático
Antonio Skármeta

Inicio en la Diplomacia de Guzmán Cruchaga
Pedro Pablo Guerrero

Entrevista a Jorge Edwards
Pablo Cabrera

Escritor y Diplomático
Marco Antonio de la Parra

Italia
Raúl Zurita

Semblanza Auto Nerudiana
Abraham Quezada

Mi Abuelo Enrique Araya
Rafael Gumucio

Pinceladas Íntimas
Martín Donoso

Recuerdos de Jaime Laso Jarpa
Jorge Edwards

Cultura, Literatura y Diplomacia
Arturo Navarro

DIRECTOR

Pablo Cabrera Gaete

CONSEJO EDITORIAL

Tamara Avetikián Bosaans

Raúl Fernández Daza

Frederick Heller Cerpa

María Teresa Infante Caffi

José Morandé Lavín

Francisco Orrego Vicuña

Eduardo Palma Carvajal

Fernando Reyes Matta

COORDINACION

Oswaldo Ojeda Ávila

SECRETARIA

Catedral 1183

Fono +562 827 4655

FOTOGRAFIAS

Archivo General Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores

DISEÑO E IMPRESIÓN

AlvimPress

Edición de 1000 ejemplares

www.minrel.gov.cl

Academia Diplomática de Chile “Andrés Bello” publicaciones

INDICE

Editorial	7
Literatura, Diplomacia y Globalización	9
<i>Fernando Reyes Matta</i>	
Literatura y Diplomacia	17
<i>Jorge Edwards</i>	
¿Se puede ser Embajador y Escritor?	20
<i>Roberto Ampuero</i>	
Emilio Rodríguez Mendoza: Diplomático y Hombre de Letras	22
<i>José Miguel Barros Franco</i>	
El Poeta Diplomático: Humberto Díaz Casanueva	30
<i>Jaime Quezada</i>	
Un Diplomático	35
<i>Antonio Skármeta</i>	
Inicio en la Diplomacia de Guzmán Cruchaga	40
<i>Pedro Pablo Guerrero</i>	
Entrevista a Jorge Edwards	45
<i>Pablo Cabrera</i>	
Escritor y Diplomático	48
<i>Marco Antonio de la Parra</i>	
Italia	52
<i>Raúl Zurita</i>	
Semblanza Auto Nerudiana	56
<i>Abraham Quezada</i>	
Mi Abuelo Enrique Araya	59
<i>Rafael Gumucio</i>	
Pinceladas Íntimas	67
<i>Martín Donoso</i>	
Recuerdos de Jaime Laso Jarpa	71
<i>Jorge Edwards</i>	
Cultura, Literatura y Diplomacia	73
<i>Arturo Navarro</i>	
Comentario de Libros	79

GUÍA PARA COLABORADORES

CONTENIDOS

DIPLOMACIA es una revista de la Academia Diplomática “Andrés Bello” que procura ofrecer material para el análisis y discusión en diversos aspectos de los estudios internacionales, relaciones exteriores, diplomacia, estudios sobre seguridad y estrategia, problemas del desarrollo, comercio internacional, asuntos económicos, historia y las comunicaciones. La revista publica artículos, comentarios de libros y documentos de consulta cuyo contenido y enfoque son de interés para una amplia gama de estudiosos. Su material es examinado por un Consejo Editorial en cuanto a su interés académico, pero los contenidos son de responsabilidad de los respectivos autores.

Los artículos publicados en DIPLOMACIA se encuentran listados en la página web del Ministerio de Relaciones Exteriores
www.minrel.gov.cl

DIPLOMACIA. Publicación de la Academia Diplomática “Andrés Bello”, inscrita en el Registro de Marcas del Ministerio de Economía. Todos los artículos son responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente la opinión del Ministerio de Relaciones Exteriores. Autorizada su reproducción, mencionando la revista y el autor.

El Consejo Editorial se reserva el derecho de publicar total o parcialmente, en virtud de las normas de extensión, o de rechazar los artículos que no estén dentro de la línea editorial de la revista y no se compromete la devolución de los originales.

EDITORIAL

La condición de transfronterizo del diplomático lo entrega la naturaleza de la función misma, su ámbito de acción y el horizonte desde y hacia el cual se proyecta como “mensajero de la paz” y contribuyente al desarrollo global. Se puede afirmar que la suya es una actividad multifacética y abarcadora que se nutre de fuentes diversas, facilitando a sus gestores habituales los instrumentos idóneos para ejercitar una actividad profesional que se desarrolla, principalmente, más allá de las fronteras nacionales. Ello configura un espacio propicio para que algunos a través de la escritura den un relato a su trabajo habitual. La historia diplomática chilena está jalonada con ejemplos de representantes que han recorrido las avenidas de la literatura con notable éxito y reconocimiento. Baste sólo referir que nuestros dos Premios Nobel ejercieron con brillo cargos diplomáticos en diferentes etapas de su peregrinaje terrenal. Esta vez queremos darle un realce al embajador Jorge Edwards, Premio Nacional de Literatura y además galardonado con el Premio Cervantes 1999.

En este número se recogen reflexiones y testimonios que revelan como la literatura y la diplomacia pueden fundirse, armónicamente, con el objetivo común de servir a la República. Sus páginas incorporan semblanzas de figuras de las letras nacionales quienes, de su labor diplomática cotidiana y el cumplimiento de los variados compromisos que demanda, no vieron limitado ese necesario “ocio creador” que impone el ritmo de la literatura. Al contrario, muchas de sus actividades en embajadas y consulados se plasman en informes, ensayos y novelas, configurando un patrimonio de proporciones y de alto valor intelectual, que es una referencia para las nuevas generaciones. A través de un buen número de comentarios, un colorido anecdótico y de elogiosas gestiones profesionales, el lector podrá conocer y disfrutar experiencias de destacados personeros que han cumplido funciones internacionales y que al hacerlo han sido partícipes directos de encuentros y desencuentros entre las artes de la pluma y de la negociación. Asimismo, vivencias expuestas en un plano más cercano e íntimo revelan episodios vinculados a quienes la simbiosis entre ambas disciplinas ha marcado sus vidas, sea motivando la investigación o como consecuencia de los avatares propios de la diplomacia.

El tema no se agota, por cierto, con esta edición que incluye experiencias de algunos conspicuos y cuyo contenido invita a promover con vigor la narrativa de una cultura/país que nos perfila en el contexto de las relaciones internacionales. Si asumimos que la literatura moldea el relato y la diplomacia lo hace verbo, corresponde que, de cara a una modernidad agobiante, amplíemos el catálogo de argumentos para dimensionar aquellas fortalezas que distinguen a Chile como un país ideal para nacer, como lo consigna un reciente estudio especializado. La lógica aconseja, entonces, que un próximo número lo dediquemos al rol de la mujer en diplomacia.

LITERATURA, DIPLOMACIA Y GLOBALIZACIÓN

*Fernando Reyes Matta*¹

La diplomacia es oportunidad de encuentro con otros mundos y determina la necesidad de construir lenguajes donde aquel “otro” pueda entender los afanes que el diplomático representa. Podríamos decir que es de la esencia del diplomático ser “transfronterizo”, presuntamente preparado para estar en medio de los espacios de culturas diferentes y tratar de entender los actores y los códigos que determinan esa realidad.

Con esa habilidad esencial, si el diplomático es escritor – si la literatura es su otra razón de ser, o tal vez la principal – tiene el privilegio de estar en mejores condiciones que los seres humanos comunes y corrientes para descubrir, ver y crear, rodeado siempre de horizontes geográficos y culturales ajenos. En el devenir de diplomacia y literatura hay muchos que han vivido esa dimensión construyendo dos identidades: de tal hora a tal hora son embajadores o funcionarios diplomáticos; en otras, a veces al amanecer, otras al llegar la noche, se entregan a crear el relato o poema pendiente. No necesariamente uno se cobija en el otro. Pero también están aquellos cuya huella se construye desde un todo: es el espacio cultural donde les han llevado las tareas aquel que se convierte en centro de su relato y expresividad.

Aquí, en especial, nos interesa esta última experiencia, porque sustentamos que de allí emergen mejores herramientas para el escritor- diplomático de hoy, enfrentado a entender y crear desde la globalización. En otras palabras, el siglo XXI está a la espera de aquella narrativa asentada en este ir y venir donde los mapas y las distancias han pasado a ser escenarios de interacción humana y simultaneidad de emociones como nunca antes. No se trata de dejar atrás los infinitos aportes hechos por quienes han escrito desde los microclimas o del espacio de lo íntimo y local, para retratar la profundidad del ser humano. Pero junto con ello, asoma ahora la dimensión desafiante de la globalidad como un todo, donde el diplomático-escritor tiene vetas nuevas a explorar. ¿Vetas nuevas? Podría decir alguien recordando, por ejemplo, el relato de Antonio Pigafetta y su *Relazione del primo viaggio intorno al mondo*, donde el explorador y geógrafo veneciano recordó el descubrimiento del Estrecho de Magallanes y el largo viaje dando la vuelta por primera vez alrededor del planeta. Sí, podríamos llamar un anticipo de literatura global, pero Pigafetta fue más bien un cronista, desconectado de los otros y sin esa sensación de simultaneidad tan presente en los tiempos contemporáneos. Y, claro, Pigafetta no era un diplomático en el sentido estricto del término.

¹ Profesor de la Academia Diplomática “Andrés Bello”, periodista y ex embajador en Nueva Zelanda y R.P. China.

Diplomático y escritor como un todo

Quizás uno de los ejemplos más notables de esa dualidad antes mencionada (escritor y entorno en un todo) es Octavio Paz y su relación con la India. El poeta mexicano visitó aquel país asiático por primera vez en 1951, atraído tanto por la dimensión milenaria del país como por la gesta que acaba de culminar con la independencia recién alcanzada en 1949. Fue una experiencia de contradicciones, donde lo caótico le demuestra como construye su orden. Una década más tarde llegará allí de nuevo, ahora como embajador.

La estancia de Paz como embajador de la India, Afganistán y Ceilán (Sri Lanka), su intuición poética casi metafísica y su erudición facilitaron la tarea; en los seis años que Paz deambuló por ese “museo etnográfico e histórico” viviente y por los “jardines de árboles transparentes, donde los sonidos piensan y los pensamientos danzan”, la India se infiltró en sus textos. *Ladera Este* (1962-1968), *Hacia el comienzo* (1964-1968), *Blanco* (1966), incluso *El mono gramático* (1970), escrito después de su renuncia al servicio diplomático como protesta por la matanza de Tlatelolco, muestran la profunda inspiración que fue, para Paz, la tierra del Ramayana. Sus libros también son un acercamiento minucioso a la diversidad de esta nación.²

Por cierto, no es el único, pero es un ejemplo muy ilustrativo. Cuando se mira a Europa y su búsqueda de entender los mundos lejanos, especialmente Extremo Oriente, emerge otro nombre que resulta atractivo por su trayectoria: Robert Hans van Gulik. Murió en 1967 como embajador de los Países Bajos en Japón, pero antes se había impregnado de todo ese mundo siendo considerado como un destacado orientalista, músico y escritor, además de diplomático.

Su carrera diplomática le llevó al conocimiento de la cultura china, de la cual escribió algunos textos de gran profundidad como *La vida sexual en la antigua China*, 1961, hoy convertido en un libro de especial demanda en el afán de entender en Occidente las raíces de China. Aunque nació en Holanda, vivió entre los tres y doce años en Yakarta, donde aprendió chino mandarín y otros idiomas del área, lo cual unido a sus estudios en lenguas le entregaría las herramientas para leer textos clásicos de la literatura china. Y aquello fue lo que le llevó a sus escritos más conocidos: las novelas dedicadas al joven Juez Di (Di Yen-tsie), quien vivió en China entre los años 630 a 700, bajo la Dinastía Tang. Se trata de un personaje histórico que ya fue famoso en su propia época por su capacidad de deducción y luego por su actuación como Ministro en la Corte Imperial de la

² <http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/9011/herandez/90herandez.html>

Emperatriz Wu. Se transformó en héroe popular chino al pasar a la literatura de este país a partir del siglo XVIII.

Van Gulik decidió dar a conocer al público europeo el particular estilo de la literatura policíaca china. Con este propósito creó la serie basada en datos auténticos tomados de la historia de la China antigua. Aunque su intención fue crear unas novelas que fueran lo más cercanas posible al estilo policíaco chino, debió hacer algunas adaptaciones para presentarlas al lector occidental. Por ejemplo, en las novelas chinas, el culpable se da a conocer al lector al principio de la novela y se explica su móvil. El lector ya sólo tiene que disfrutar de la ingeniosidad y habilidad del juez en desenmascarar al culpable.

Ambos casos tienen algo en común. Tanto Paz como Van Gulik quieren descubrir las profundidades del entorno, para hacerlo visible a los otros, al mundo que les pertenece culturalmente. No escriben ni para los indios ni para los chinos, escriben para el lector en español o para los lectores de Holanda o Inglaterra. Está presente en ellos una tarea hoy más esencial que nunca, hacer comprender los perfiles de la diversidad en la conciencia de los suyos.

Traer el espíritu de cambio al mundo propio

Esta es otra variante: la del diplomático que, desde su experiencia, retorna bullente a casa para construir más cultura y desde allí proyectar con más fuerza su país al mundo. De todos los ejemplos – y hay muchos – resulta muy atractivo detenerse el aporte de Vinicius de Moraes y todo lo que entregó a la imagen de Brasil al mundo.

Llegó a la diplomacia en 1943, tras completar sus estudios en Oxford y ya haciendo aportes novedosos a la poesía de su país. Pero aún era un hombre que venía impregnado de una formación más bien conservadora. Es el salto a París, como Segundo Secretario, donde comienza su transformación principal. Se ha destacado en críticas de cine, sigue a las figuras de Hollywood, pero allí en la capital francesa está avanzándose hacia una Europa que busca dejar atrás las determinantes de la guerra, mientras por sus calles van y vienen jóvenes de Asia, África o del Medio Oriente imaginando que la colonización no podrá durar mucho. Desde allá Vinicius ve a su Brasil y lo ve diferente, lo ve en las raíces de su autenticidad, en esa dimensión carioca hecha de negros y blancos construyendo una identidad capaz de hablar de otra forma al mundo.

En 1956 regresa de París. Es el tiempo en que el presidente Juscelino Kubitschek presenta su Plan de Metas destinado a modernizar el país. Hay que ir al interior, hay que construir Brasilia. Y en esa atmósfera *Um operário em construção* para el primer número de la revista *Para Todos*, por invitación de Jorge Amado. Y ya resuelve que se acercará a la música, aunque en Itamaraty le obliguen a usar

corbata cuando actúe en conciertos o presentaciones de café-concert. Inicia su trabajo conjunto con Tom Jobim, quien coloca la música de *Orfeu da Conceição*, obra llevada a escena en el Teatro Municipal de Río de Janeiro ese mismo año, por cierto con mucho escándalo por ver actores negros y música popular en aquel recinto. Poco después aquello se convertirá en Orfeo Negro. Lo que ocurre es que De Moraes, al igual que sus colegas de generación Guimarães Rosa (autor de *Corpo de baile* y *Grande sertão: veredas*) y João Cabral de Melo Neto (autor de *Morte e vida Severina*) no se suben al optimismo creado por aquella propuesta de modernidad. Para ellos lo importante es dar voz y expresión a los que viven o llegan del *sertão* (desierto, zona agreste) o se apretujan en las favelas, esas especies de “extranjeros en su tierra”.

Cabral, Rosa y Vinicius cuestionan los lugares jerárquicos tradicionales, impuestos como naturales en el orden colectivo, explica el crítico literario Roniere Menezes, docente del Centro Federal de Educación de Minas Gerais. Si bien existen diferencias entre estos autores, exhiben a su vez un punto similar: eran diplomáticos. “Más que una coincidencia, el trabajo diplomático, es decir, la aproximación a la exterioridad de un sistema, la apertura al juego de las diferencias existentes en la vida social, cultural y política, permite articular los proyectos tan heterogéneos de los tres, con caminos estéticos diversos, pero con una misma preocupación: la tensión entre el discurso del Brasil desarrollista de las elites y el discurso del Brasil arcaico, pobre, rural o urbano”, sostiene Menezes. “Estos escritores-diplomáticos corroyeron la idea de un regionalismo cerrado, rígido, ajeno a las conexiones con el mundo exterior...Sus textos ponen de relieve identidades diversas del país, la multiplicidad de culturas y las demandas sociales en Brasil”, analiza.³

Si al entrar en la carrera diplomática Vinicius de Moraes comenzó a descubrir Brasil y la “brasilidad”, cuando se va de ella Brasil y él son un todo. A esas alturas ya ha dicho su frase “soy el blanco más negro de Brasil” y ha contribuido esencialmente a la creación del bossa nova. Su poesía optó por quedarse allí, junto a lo popular que se hace cultura profunda. Durante un show en Portugal, en 1968, critica al régimen militar y el entonces presidente Costa e Silva se encarga de escribir enfáticamente: “Despidan a ese vagabundo”. Aún le quedan doce años para seguir entregando su talento.

En Chile, en otro tiempo y bajo otra circunstancia, hay un autor determinado por esa urgencia en descubrir y mostrar el país tal cual es. Será embajador por largos años y morirá en París, pero en Chile y afuera su aporte irá construyendo la identidad de este país. Es Alberto Blest Gana.

³ <http://revistapesquisa.fapesp.br/es/2012/06/26/los-embajadores-del-sertón/>

Desde mitad del siglo XIX se impone como el primer novelista de Chile, rompiendo con aquello que las elites consideraban “lo propio de la literatura”. Y lo que la Iglesia suponía los temas decentes. Joven, aún militar, vive en París enviado a perfeccionarse, entre 1847 y 1851. Pero aquel es un periodo especialmente convulso y de debates, son los tiempos de la II República, de las protestas en la Comuna de París y de la crisis que llevará a Napoleón III al trono. Vive todo aquello mientras se entrega a fondo a la lectura de Balzac. Cuando regresa a Chile decide que lo suyo es la novela, pero con un enfoque muy concreto: inspirado en el naturalismo, quiere mostrar la realidad tal como es, con las costumbres que la gente vive en la calle. Es el costumbrismo, salpicado de giros chilenos en el lenguaje, lo que creía Blest Gana convertía este estilo en el medio más adecuado para difundir la literatura entre el pueblo. Su gran impacto popular llega en 1862 cuando se publica *Martín Rivas*. La novela se entrega en forma de folletín en el periódico La Voz de Chile, de gran tirada para la época.

Ampliamente leída, los lectores, en especial las mujeres, sufrían con las desventuras de los personajes y esperaban con expectación el capítulo siguiente, decepcionándose si éste no se publicaba en la fecha prevista. Martín Rivas, que consumó su ascenso social y amoroso al llegar a Santiago, casándose con la hija de un aristócrata, se convirtió en un personaje que encarnaba ciertos ideales chilenos. Se trata de un relato lleno de ironía, con un objetivo ético y moralizador en el sentido más amplio de la palabra. Martín Rivas influyó notablemente en la novelística posterior.⁴

Aunque vive más de cincuenta años fuera de Chile y nunca regresa, es impresionante la percepción que tiene del país, sobretodo en la segunda etapa de su creación literaria, cuando se jubila como representante diplomático. De esa etapa surgen *Durante la Reconquista*, *El Loco Estero* y *Los Trasplantados*, obras que retratan desde la dimensión social y humana momentos históricos claves de Chile. En la última de éstas, entra en el andar de chilenos y latinoamericanos por Europa, es el atisbo de crear narrativa viendo a los nuestros entrando con contradicciones y esperanzas en geografías lejanas. Se alejan de su identidad ansiosos de ser parte de “los otros”, cayendo en el absurdo y en la pérdida de sus bienes.

Blest Gana no sólo en Chile sino, en gran medida, en la literatura latinoamericana es un adelantado. Abre espacio a la construcción de la identidad, al retrato profundo de una sociedad que, ineludiblemente, deberá descubrir cómo construir su diálogo con otras culturas y naciones. No muchos han logrado seguir su huella.

⁴ http://www.biografiasyvidas.com/biografia/b/blest_gana_alberto.htm

Y ahora la globalización

Todo lo dicho, nos hace rescatar dos perfiles. Por una parte, está aquel diplomático ansioso de escribir impregnado de lo que le rodea, el escenario donde los deberes le llevaron. Por otro lado, están los que desde fuera van adquiriendo la capacidad de ver su país, su mundo propio, para encontrar las raíces profundas que lo determinan. Por cierto, más de alguien podría decir que hay una tercera variante: la de aquellos que escriben sobre la experiencia misma que la diplomacia les hace vivir. Ahí está *Las Embajadas y El Fin de las Embajadas*, de Roger Peyrefitte, aunque los tiempos de diplomático de éste fueron bastante breves. Muy distinto, pero en el mismo plano de una narrativa sustentada en la experiencia diplomática vivida, es *Persona non grata*, la novela de Jorge Edwards donde narra los meses que, como Encargado de Negocios del gobierno de Salvador Allende, pasó en la Cuba revolucionaria del año 1970.

Pero ya lo señalamos antes. En estos tiempos de globalización, nos interesa buscar otro perfil: la simbiosis del diplomático y escritor en un todo. ¿Cómo dar cuenta de la nueva dramaticidad construida en un devenir donde geografías, momentos, desplazamientos, actores de origen diverso, lenguajes interconectados digitalmente, todo ello va construyendo un tipo de realidad cargada de “dimensión internacional”, que espera la entrega de una literatura ligada a ella?

La globalización ha colocado todos los mundos de lo distante en el espacio de la cercanía. Hoy la diplomacia está fuertemente marcada por un ir y venir, por un tiempo donde lo exótico va en retirada, mientras la circulación de hechos y relatos se impregna de simultaneidad. Así y todo, más de alguien podría decir: ya Goethe a mediados del siglo XIX dijo que estábamos avanzando hacia una “Weltliteratur” (literatura mundial), término utilizado en la publicación *Über Kunst und Allertum*. ¿Dónde está lo nuevo? El tema es que aquella intuición no estaba suponiendo la acelerada transformación tiempo- espacio que cruzaría el mundo con la llegada del siglo XXI.

Aquel escritor y diplomático comprometido con hacer un todo de esas dos facetas de su quehacer es un referente aún más importante en el presente. Ya no tenemos a Octavio Paz, pero la forma como la India determinó buena parte de su creatividad, nos tienta a preguntarnos como escribiría hoy de esa India – aún de castas, privilegios y pobrezas -, pero parte esencial del conocimiento y la inventiva bajo la cual el mundo está digitalmente conectado.

Algunos se preguntan cómo Internet, con esa dimensión caótica y desbordante que cruza todo el ciberespacio, podrá convertirse en literatura de nuevos horizontes. Los diplomáticos están en lo internacional mucho más que el resto de los mortales. Pero estos mortales, ¿ya los alcanzaron al cruzar también las fronteras y encontrarse con otros? O, al fin de cuentas, ¿los diplomáticos tienen el privilegio de mirar, ver, oler, palpar la realidad con una cercanía que los otros no tienen?

Kirmen Uribe e Irene Zoe, españoles, no son diplomáticos, pero son absolutamente “transfronterizos” en sus temas, sus plataformas de expresión y sus relaciones con públicos diversos. Cruzar el Atlántico es para ellos cosa frecuente. Desde esa internacionalidad, reflexionan sobre el peso de este mundo digital, allí mismo donde los diplomáticos y sus afanes literarios también les cabe caminar.

Kirmen no se deslumbra con Internet: “Creo que los cambios en la narrativa no sólo vendrán por la influencia de las nuevas tecnologías. Lo definitivo es lo que percibe el escritor en la sociedad”. La vida misma. Lo dice Irene Zoe: “Ahora ‘los viejos temas’ parecen no estar muy de moda, pero estoy segura de que, pasada esta oleada de novedad y creación de vocabulario y estilos, se descubrirán formas clásicas, las cuales serán reformuladas”.⁵

Es posible que el cine haya ido más adelante que el devenir de la literatura en estos de entender o crear desde la globalidad. Guillermo Arriaga, escritor mexicano más ligado a los guiones cinematográficos que a la literatura propiamente tal, muestra un camino que tal vez más de un diplomático de los tiempos globales quiera recorrer. El escribió *Babel*, convertida en película exitosa bajo la dirección de Alejandro González Iñárritu, el mismo que antes filmara *Amores Perros* y *21 Gramos*. En *Babel* las vidas de una familia estadounidense, una mexicana, una marroquí y una japonesa se entrecruzan en esta historia por el regalo de un rifle, que es dado por un japonés a un marroquí, éste se lo vende a otro marroquí para defender a sus rebaños. Los hijos de éste disparan y el impacto hiere a la mujer norteamericana en un bus turístico, cuyos hijos en California cuida una mexicana. Nadie se conoce con los otros, pero todos quedan adheridos a la misma historia.

Otro ejemplo reciente es *360 grados*. Inspirado por el clásico de Arthur Schnitzler, *La Ronde*, (aquella obra teatral que provocara gran escándalo en la Viena de comienzos del siglo XX), analiza la moral sexual y la ideología actual, a través de los encuentros sexuales de un grupo de personajes de diferentes clases sociales y en distintos países. El guionista Peter Morgan y el director Fernando Meirelles, combinan un conjunto de historias que transcurren por diferentes ciudades y países donde los personajes articulan una historia de amor propia

⁵ http://cultura.elpais.com/cultura/2010/04/22/actualidad/1271887209_850215.html

del siglo XXI. La película, estrenada en 2012, habla de las expresividades que la globalización ha abierto.

Sin duda, la literatura llegará pronto a estos andares. Roberto Ampuero, ahora embajador, ha recorrido el camino en parte, como lo señala Gioconda Marún en su ensayo *La narrativa de Roberto Ampuero en la globalización cultural*, publicado en 2006 por Mare Nostrum. Pero, en lo esencial, estamos a la espera de una literatura nueva y global por emerger. Tal vez los tiempos de espera son anticipos de una gran obra mayor, donde la sensibilidad de un diplomático-escritor deje una huella para siempre.

LITERATURA Y DIPLOMACIA⁶

*Jorge Edwards*⁷

En el Chile antiguo había una presencia notoria, más o menos constante, de los escritores en la diplomacia chilena. Esto no sólo ocurría en las agregadurías culturales sino en todos los niveles del escalafón, desde embajadores hasta terceros secretarios y cónsules. La lista de autores diplomáticos sería larga y no faltarían algunos de nuestros nombres más ilustres: Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Alberto Blest Gana, Federico Gana, Pedro Prado.

En el ministerio de mi tiempo uno se encontraba a cada rato con Juan Guzmán Cruchaga, Humberto Díaz Casanueva, Salvador Reyes, Antonio de Undurraga, Carlos Morla Lynch. Algunos eran mejores escritores que otros; más de alguno practicaba una diplomacia más bien distraída; pero siempre había una chispa, un destello, una manera diferente de enfocar los problemas.

Carlos Morla, por ejemplo, bajo cuyas órdenes trabajé en la Embajada en Francia, se trasladaba en metro, de frac y condecoraciones, desde el caserón de la avenida de la Motte-Picquet hasta el Palacio del Elíseo. Me atrevo a pensar que ninguno de los actuales embajadores se atrevería a hacer lo mismo, pese a que la cortesía de la puntualidad es mucho más importante que la del automóvil de lujo.

El general De Gaulle, que gobernaba en aquellos tiempos prehistóricos, se divertía con el humor original de nuestro representante y conversaba con él en los ratos perdidos que ocurren durante las ceremonias: las colocaciones de ofrendas florales en la tumba del Soldado Desconocido y esas cosas. Y una tarde, cuando Morla regresaba en su asiento del tren subterráneo, una señora francesa exclamó: ¡qué anciano más bonito!

Se terminó esa tradición, entre tantas otras, y no sé si salió perdiendo la literatura, pero estoy seguro de que la diplomacia sí perdió más de algo, por lo menos en cuanto al humor y al espíritu, y me parece que los profesionales y los practicantes de hoy ni siquiera se han dado cuenta. He pensado en esto porque estuve hace poco en Lima, durante los festejos del 170º aniversario del diario *El Comercio*, y me encontré con el canciller García Belaúnde, a quien había conocido en épocas pasadas, en la casa de un amigo común.

⁶ Artículo publicado en diario *El País de España*, el martes 26 de mayo de 2009.

⁷ Escritor y embajador de Chile en Francia.

Premio Nacional de Literatura y Premio Cervantes.

García Belaúnde es un diplomático de larga carrera y es, aparte de eso, un conocedor avezado de la literatura francesa. Después de los saludos de rigor, me mostró un reloj de esfera redonda, de acero bruñido, que tenía una frase grabada en forma circular. La frase decía textualmente: *Longtemps je me suis couché de bonne heure* (Durante largo tiempo me he acostado temprano). Me contó que había comprado ese reloj en Illiers, en casa de la tía Leonie. La frase, como ustedes a lo mejor saben, es la primera de la obra monumental de Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*; en cuanto a Illiers, pueblo situado en la Normandía occidental, a poca distancia de la catedral de Chartres, se llama Combray en la novela proustiana y es el escenario de las primeras páginas del libro.

En resumen, pura literatura, y no está mal que una conversación entre personas que provienen de países diferentes se articule a partir de un gran texto de ficción y de personajes que existieron en la historia real, pero que fueron reinventados por la imaginación novelesca. Si el diálogo parte de ahí, no es absolutamente necesario reducirlo al paralelo tal, al hito cual, al tratado de tal año, a una compra de aviones de guerra anunciada y ni siquiera consumada.

La tía Leonie, el señor Charles Swann con sus devaneos amorosos, la madre del novelista que se olvida de subir a darle un beso de despedida, o la enérgica y campechana Françoise, que rompe a palos una pirámide de azúcar en la mesa del repostero, introducen atmósferas diferentes, fascinantes, que permiten enfocar temas escabrosos con mayor soltura.

En un almuerzo anterior, había conversado con la embajadora de Francia sobre el hecho ejemplar de que su país y Alemania, después de la Segunda Guerra Mundial y de siglos de enfrentamiento bélico, hayan conseguido superar los enormes temas que los dividían y estructurar una alianza extraordinaria, verdadero corazón y motor de la unidad europea. Según ella, los dos pueblos no estaban en absoluto preparados para seguir ese camino, pero hubo dos hombres extraordinarios, que concibieron todo el asunto y lo llevaron adelante contra viento y marea: el general Charles de Gaulle y el canciller Konrad Adenauer.

No sé si la teoría de los hombres providenciales en la historia me convence del todo, pero la tesis de la embajadora me pareció interesante. Pocas horas más tarde, en la ceremonia misma del aniversario, me encontré en una mesa redonda en la que participaba en vivo Mario Vargas Llosa y en la que intervenía desde México, vía satélite, el historiador Enrique Krauze. En el puesto de honor, rodeado por los directores de la vieja empresa periodística, se encontraba el presidente Alan García. Cuando me tocó el turno, me permití plantear con la mayor candidez, sin temores reverenciales, por decirlo de algún modo, un punto delicado, de enorme vigencia. Antes advertí que había dejado de ser diplomático hace más de 30 años, en los primeros días de octubre de 1973, y que por tanto hablaba a título puramente personal. Mi punto era el siguiente: el de las reticencias, reservas,

temores mutuos, en que nos llevamos el Perú y Chile desde hace más de 100 años, a pesar de nuestra evidente unidad cultural, geográfica, de todo orden. Si alcanzáramos un entendimiento de fondo, sin vuelta atrás, sin criterios del siglo XIX, entre Chile, Perú y Bolivia, toda la atmósfera política del Cono Sur, y por tanto de América Latina entera, sería diferente. Quizá se necesitaban hombres providenciales para lograrlo, pero probablemente existían y a lo mejor estaban en esa misma mesa (detalle que provocó risas y hasta aplausos de la concurrencia).

El presidente García, que escuchaba el debate con suma atención y tomaba apuntes, pidió el micrófono al final, a pesar de que su intervención no formaba parte del programa. Resumió los puntos debatidos sobre democracia y libertad en la región y debo reconocer que lo hizo con maestría, con evidente experiencia académica. Tocó en seguida el tema de las relaciones con Chile y dijo más o menos lo siguiente: que estamos unidos por un destino común, aunque no nos guste, y que somos un matrimonio que tiene sus etapas difíciles, sus malos entendidos, y sus momentos buenos, como casi todos matrimonios. Francia y Alemania tocaron fondo, llegaron al extremo del horror y de la destrucción, y a la salida de la conflagración no tuvieron más remedio que ponerse de acuerdo. Nosotros, en cambio, no hemos llegado al abismo y no hemos conocido la misma necesidad de reconciliación.

Es una versión de la política de lo peor aplicada a las relaciones internacionales, pero no significa, naturalmente, que debamos sufrir mucho más para ponernos de acuerdo al final de un terrible recorrido. Era, más bien, un llamado a la sensatez, una indicación de que nuestras eventuales desavenencias son pasajeras y de que la cordura y la amistad van a prevalecer. En otras palabras, era un llamado a la paciencia y al trabajo diplomático en serio. En lo cual el aporte de Marcel Proust y el de la tía Leonie nunca son desdeñables.

¿SE PUEDE SER EMBAJADOR Y ESCRITOR?⁸

Roberto Ampuero⁹

Cuando se es escritor y se ejerce la honrosa misión de representar al país como embajador, invariablemente le plantean a uno la pregunta: ¿Se puede escribir y ser embajador al mismo tiempo? ¿Cómo es eso de ser embajador y escritor a la vez? Medio año cumplo este agosto como embajador en México, y la pregunta me la hacen amigos y medios, escritores y diplomáticos. Creo que la respuesta depende de los momentos en que uno escribe y del aislamiento que uno necesita para escribir. En ese sentido, la respuesta depende de la rutina de cada escritor.

Soy un escritor que antes, en la academia estadounidense, solía escribir diariamente entre las seis y las nueve de la mañana. Después comenzaba el día académico. Escribir a esa hora me acomoda: cada mañana te levantas con más o menos el mismo ánimo a continuar una novela. Si escribes por la noche, en cambio, tu ánimo dependerá de las vicisitudes del día, y en ese sentido se altera el aliento del relato, lo que puede perjudicarlo. Soy un escritor alondra, no búho, como suele decirse. Necesito saber que la primera quietud del día me pertenece en forma regular, como el pan nuestro de cada día. Mi actividad escritural se frustra si la ejerzo sólo en forma ocasional. Escribir novelas es una expresión creativa encadenada a una férrea disciplina de trabajo diario. Por eso, si bien viajes y experiencias nutren mis novelas, al mismo tiempo las postergan, pues lo despojan a uno del sosiego necesario para escribir. Mi escritura tiene como premisa la generosa tregua que sólo puede brindar el ocio.

Pero el mundo diplomático no ofrece tregua. La jornada de embajador termina más tarde de lo que suele comentarse, y comienza más temprano de lo que suele imaginarse. En México, que por población equivale a siete países como el nuestro, y que por su autonomía estadual y la variedad de sus culturas regionales equivale a otro tanto, mis mañanas no comienzan con la escritura como en el Midwest. Parte en verdad con la lectura de los principales diarios nacionales, continúa con la de los chilenos y con el examen del acontecer en el vecino inmediato, la primera potencia mundial. Después de eso, Ciudad de México, una de las ciudades más grandes y dinámicas del mundo, ya está en ebullición: arranca con los contundentes desayunos de trabajo.

No me quejo. Sólo reflexiono sobre el tema en un país con una tradición rica en que se entreveran diplomacia y literatura. Baste con mencionar a Octavio Paz,

⁸ Artículo publicado en *El Mercurio* del 9 de agosto de 2012.

⁹ Escritor y embajador de Chile en México.

Carlos Fuentes o Sergio Pitol. Y por el lado chileno, recordemos que aquí fueron cónsules nada menos que Gabriela Mistral y Pablo Neruda. Tenemos una Cancillería generosa y hábil en este sentido: sabe que la proyección internacional de sus embajadores-escritores aporta, no resta, a la presencia de Chile en el exterior. El reciente llamado a la concordia de Mario Vargas Llosa con nuestro embajador en París, Jorge Edwards, lo demuestra. Por cierto, creo que es la primera vez en nuestra historia que hay dos escritores, ambos independientes, como embajadores, y acreditados en países donde la cultura se escribe con mayúsculas.

Es cierto, en mi caso no he escrito una sola línea de novela desde que asumí. Pero no es tan delicado, porque mis novelas se alimentan de la vida, como le ocurría a Ernest Hemingway, y no tanto de la literatura, como en el caso de Jorge Luis Borges. Y como experiencia de vida, una semana en México equivale a un año en la paz bucólica de un campus universitario. Claro, esa vertiente necesita tiempo para desembocar en una trama literaria. Por eso, aunque no escriba físicamente en mi condición de embajador, lo hago de un modo vagamente diferido. Ante la pregunta recurrente de cuánto tiempo le tomó a uno escribir la última novela, habría que responder: me tomó desde el nacimiento hasta que le puse el punto final. Por ello, aunque como embajador no tenga tiempo para escribir, de alguna forma siempre estoy escribiendo.



Roberto Ampuero en su despacho en la Embajada de Chile en México.

EMILIO RODRÍGUEZ MENDOZA: DIPLOMÁTICO Y HOMBRE DE LETRAS

*José Miguel Barros Franco*¹⁰



*Foto de 1922 en el Consulado de Chile en La Paz.
Emilio Rodríguez Mendoza (izquierda)
junto a Federico Diez Median,
Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia (centro).*

¹⁰ Historiador y diplomático.

El diplomático

Requeridos con alguna premura para cooperar en una publicación de nuestra Academia Diplomática, no vacilamos en ofrecer algunas páginas sobre un chileno eminente que militó muchos años en las filas de nuestra Cancillería y, al mismo tiempo, ilustró la prosa nacional con obras que hasta hoy constituyen un valioso material de referencia para quienes encaran la descripción o el análisis de nuestro pasado.

Nos referimos a don Emilio Rodríguez Mendoza (5 de mayo de 1873-1º de diciembre de 1960).

Al iniciar esa tarea, no tardamos en encontrar en uno de sus libros, lo que nos pareció una adecuada introducción para este trabajo, destinado a figurar en una recopilación de estudios acerca de la confluencia entre diplomacia y letras que se ha dado en Chile a través de los años.

“La España que ví y viví” (1948) se inicia con las siguientes líneas:

“La diplomacia me comió casi treinta años de trabajo literario... y como lo único que ha habido en mí - si es que ha habido algo - ha sido un escritor, los resquicios de esa treintena de años traté de rellenarlos de libros y de artículos con lo que había visto porque, eso sí, he vivido y trajinado más de lo prudente y, en algunos casos, con la intensidad de un temperamento combativo, emperrado, irónico y acaso con más pasiones que sentimiento... ¡Nada de hombre modelo, en todo caso! También debo confesar por si este libraco resulta punto o punta final, que nunca me creí ni bueno ni irreprochable: que lo fueran otros mejor dotados en materia de disposiciones para aguantar, que lo que es yo no me he reconocido con vocación de mártir. Y si no fuera por los Códigos respectivos, me habría pagado del gusto de retorcerle el pescuezo a más de un políticoide, a más de un cancilleroide y, asimismo, de un literatoide...”

Nos abstendremos de especular acerca de la identidad del “cancilleroide” al cual alude tan despectivamente... pero esas líneas retratan, de cuerpo entero, los principales rasgos de nuestro personaje: un hombre franco e insobornable. (No es casual que, unido a su compañera de toda la vida, doña Mercedes Basáñez, haya concluido sus días en un modestísimo departamento de la calle San Diego, luchando altivamente contra la enfermedad y la pobreza...). Mas debemos evitar las digresiones y eludir ciertas tentaciones. Comencemos por el principio, como recomendaba nuestro recordado profesor don Guillermo Feliú Cruz.

En 1923, en una “hoja de servicios” suscrita por él, el señor Rodríguez Mendoza resumió sus pasos iniciales en nuestro Servicio Exterior: en 1902 y hasta enero de 1903, oficial de Legación en el Brasil; en 1905, con el mismo grado, en Italia y España; en 1906, primer secretario, Encargado de Negocios en Colombia hasta enero de 1910; en 1912, primer secretario de la Legación de Chile en Bélgica y Holanda; en 1913, primer secretario de nuestra Legación en Argentina, hasta 1917; en 1919, con el mismo grado en nuestra Legación en Bolivia donde ascendió a Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en 1923. Tal fue su primera veintena en nuestras filas diplomáticas.

Para proseguir esta síntesis cronológica, agregaremos que luego se le acreditó como Ministro Plenipotenciario en Ecuador y, dos años más tarde, pasó con el mismo rango a España. Ahí fue ascendido a Embajador, funciones que abandonó en 1930 para regresar a Chile, por habersele declarado electo Senador en el llamado “Congreso termal.” (Como se sabe, ese Congreso tuvo una existencia efímera y, en 1933, fue reemplazado por otro.)

Cerrando la síntesis, agregamos que el Sr. Rodríguez Mendoza fue reincorporado a nuestra diplomacia en 1941, al designársele Ministro Plenipotenciario en Venezuela. Ahí ascendió a Embajador, breve misión acerca de cuya terminación formal no hallamos huella en la correspondiente “*Memoria*” de nuestra Cancillería.

Queda resumido aquel período en que según él, la diplomacia le “comió” casi treinta años de trabajo literario; pero, nos interesa ahondar en algunos de los rasgos principales de su desempeño diplomático.

Ya anotamos que el Sr. Rodríguez Mendoza fue designado primer Secretario de nuestra Legación en Bolivia y ascendido allí a Ministro Plenipotenciario. De su obra “*Como si fuera ahora*” (1929) hemos extraído otras referencias útiles.

Él había conocido a don Emilio Bello Codecido en 1891 y, cuando éste fue nombrado Ministro en La Paz, invitó al Sr. Rodríguez Mendoza a que le acompañara como Secretario de su Legación. Se incorporó así nuestro personaje en la diplomacia.

La respectiva presentación de credenciales tuvo lugar poco después. Allí, el Ministro chileno pronunció un discurso que su Secretario consideró “una obra de arte, porque lo insinuaba todo y no decía nada, como que nada podía prometerse en vista de que el Tratado de 1904 terminó con nuestras cuestiones con Bolivia”. La misión Bello Codecido duró tan sólo ocho meses. Su titular abandonó La Paz y el Sr. Rodríguez Mendoza quedó a cargo de la representación chilena.

El 20 de junio de 1920 se produjo en Bolivia un golpe político que llevó al poder a don Bautista Saavedra y correspondía que el Cuerpo Diplomático resi-

dente visitara al nuevo Mandatario. Así se hizo, mientras se oían gritos callejeros alusivos a Chile, que, clamando por una reivindicación territorial, mencionaban “Antofagasta, Mejillones y otras regiones”.

Frente a esto - relata nuestro personaje - él expresó al Presidente que había ido a pedir “las garantías más amplias para las personas y los intereses chilenos radicados en Bolivia”. Recibió la tranquilizadora respuesta de que “el advenimiento del republicanismo a la dirección de los negocios públicos no significaba hostilidad a Chile y que el nuevo régimen anhelaba la paz y la amistad con todos los países, en especial con los vecinos y el arreglo amigable de las cuestiones existentes.”

Hubo, después, otra reunión con el Sr. Saavedra y allí el diplomático chileno leyó lo siguiente: “Aun cuando parece superfluo después de la declaración que en la misma noche del 12 del presente se sirvió hacerme el honorable señor Saavedra, creo del caso declarar explícitamente que el Encargado de Negocios de Chile en Bolivia entiende la frase ‘amplias garantías’ empleada en el memorándum a que acaba de dar lectura S.E. el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos en el sentido de que la primera y más fundamental de las garantías es el respeto absoluto de los Tratados existentes”.

Para su satisfacción, verbalmente el señor Saavedra respondió que “todo Gobierno estimaba sagrado el respeto a los pactos existentes” y que de ello se dejaría constancia escrita.

Concluye esta parte del relato del diplomático chileno en los siguientes términos: “La reivindicación quedaba desde ese momento eliminada del programa de la revolución hecha gobierno y entiendo que así se apresuró a transmitirlo a sus respectivos gobiernos la mayoría de los representantes ahí presentes.”

Posteriormente, el Cuerpo Diplomático recibió una nota, fechada a 19 de julio de 1920, en la cual el Mandatario boliviano confirmaba que la Junta de Gobierno respetaría fielmente “todos los tratados y contratos suscritos por los gobiernos anteriores, una vez que en ellos está comprometida la fe de la República, no siendo los gobiernos, cualquiera que sea la forma en que están constituidos, más que intérpretes del honor y la fe nacional” (“*Como si fuera ahora*”, pág. 392)

Estas tajantes afirmaciones parecieron satisfactorias al representante chileno; pero ya sabemos que, en breve, surgirían novedades en la posición boliviana, dentro del seno de la Liga de Naciones. (Obviamente, extenderse aquí en esta materia excedería el tema que encaramos hoy).

El Sr. Rodríguez Mendoza vino a Chile con licencia y fue ascendido a Ministro Plenipotenciario en la Paz y, poco después, con el mismo rango se le acreditó en Ecuador. Esta última plenipotencia fue, también, breve. A mediados de 1925,

se le nombró Ministro en España y Portugal. Tres años más tarde, su Legación se convirtió en Embajada y él desempeñó funciones en Madrid hasta que, designado Senador, regresó a Chile en julio de 1930.

Concluían así cerca de cinco lustros de actividades diplomáticas. Sin duda, su desempeño en España constituye una de las etapas más notables de su actuación en la diplomacia nacional.

Nos limitaremos a reseñar los hitos principales de esta misión en Madrid.

El 28 de mayo de 1927, suscribió el Tratado de Arbitraje chileno-español que se ratificó, depositándose en la Sociedad de Naciones.

Poco tiempo después, (noviembre de 1927) el embajador chileno debió ir a Sevilla para recibir el terreno que, en el parque de María Luisa, se había asignado a nuestro país para que levantara un pabellón. Ahí colocó la primera piedra, inaugurándose la muestra chilena bajo los auspicios del rey don Alfonso XIII.

El Sr. Rodríguez Mendoza, en uno de sus libros, describe brevemente la escena inaugural: “Ya cercana la hora de la visita real al pabellón de Chile, nos trasladamos a éste y no fue poca mi sorpresa al encontrarlo lleno, no sólo de los objetos presentados -vinos, salitre, cobre, huesillos, ciruelas secas, orejones, etc., - sino de un numeroso concurso de compatriotas que se habían trasladado oportunamente a orillas del Guadalquivir. En el primer descanso de la escalinata de piedra berroqueña, había sido colocado un grupo de mármol, obra de una chilena muy artista y muy bonita, a la cual rogué encarecidamente que estuviera al lado de su grupo cuando la llegada de los Reyes y las Infantitas” (*“La España que vi y viví”*, pág. 13).

El embajador chileno intervino, más tarde, en el otorgamiento a don José Toribio Medina de la Gran Cruz de Alfonso XII que solemnemente fue entregada al gran bibliógrafo e investigador hacia fines de 1929. En la ceremonia, el agraciado manifestó su reconocimiento al Sr. Rodríguez Mendoza, a quien describió como “aventajado representante de las letras patrias”.

En abril siguiente, al concluir su misión en Madrid, el señor Rodríguez Mendoza fue agraciado con esa misma Gran Cruz que, por ese entonces, sólo habían recibido siete hispanoamericanos.

Como hemos adelantado, su postrer cargo diplomático, transcurridos algunos años, fue en Venezuela, donde se le envió como Ministro Plenipotenciario a mediados de 1941, ascendiéndosele a Embajador, hacia junio del año siguiente. Creemos que cesó en estas funciones a mediados de 1944 ya que, el 10 de octubre de dicho año, se le comisionó para que prestara servicios en la Cancillería.

(Además, la “*Memoria*” de dicho año identifica como jefe de la misión en Caracas, en calidad de Encargado de Negocios *ad ínterin*, a don Marcelo Silva Theme.)

Por lo que hemos logrado averiguar, puso punto final al desempeño del Sr. Rodríguez Mendoza en nuestro Servicio Exterior un decreto de 7 de julio de 1945 mediante el cual se contrataron sus servicios, desde el 1º y hasta el 31 de diciembre de dicho año, para que continuase “los estudios de geografía económica que le ha encomendado este Ministerio, en calidad de Asesor”.

En las *Memorias* posteriores (incluida aquella correspondiente a 1960, año de su defunción) no hemos encontrado otras referencias a él.

El hombre de letras

Don Emilio Rodríguez Mendoza fue, sin duda, un autodidacta, lo cual da, aun, mayor relieve a su figura.

Uno de sus primeros biógrafos, Virgilio Figueroa, señala que estudió en el Instituto y en los Padres Agustinos, añadiendo que “cortó joven sus enseñanzas y se entregó al cultivo de las letras”. Efectivamente, desde muy joven se inició en el periodismo, con los seudónimos de “A. de Géry” y “L’Aiglon”. Por esa época, colaboró en “El Mercurio” de Santiago, en “La Nación” y, más allá de nuestras fronteras, en Buenos Aires y en Madrid.

Su primera obra literaria fue “*Gotas de absintio*”, breves poemas en prosa que, con un prólogo de Rubén Darío y bajo el nombre de “A. de Géry” aparecieron en 1895.

Cuatro años después, con el mismo seudónimo agregado a su propio nombre, publicó “*Últimos días de la Administración Balmaceda*”, donde ya revelaba no sólo sus dotes como escritor sino, además, visibles manifestaciones del memorialismo que, a través del tiempo, constituiría una inalterable impronta de sus obras. Para poner en evidencia este rasgo de nuestro personaje, se nos excusará una cita del inicio de dicho libro:

“Entre el 21 de agosto y el 19 de septiembre [1891] hay muchas historias desconocidas, revueltas, confundidas en la prolongada noche de ocho años que ha caído sobre ellas; muchas escenas grandiosamente trágicas y no pocas colosalmente cómicas. Cuando los grandes dramas - los que ponen en ensangrentadas escenas los gobiernos, los partidos, las ideas en lucha - se acercan a su desenlace, los sucesos, en sus formas más variadas, antitéticas e inesperadas, se suceden y corren atropellándose, en vendaval, en tormenta, en gigantesco y pavoroso desfile, en que se mezclan las auroras con los crepúsculos que mueren entre explosiones de sangre, entre gemidos, entre adioses.”

Se diría que el autor ha bosquejado allí primeros recuerdos que, más adelante iría desempolvando su notable retentiva. Por otra parte, así lo revelarán, en su prolongada vida de escritor, incontables narraciones en las cuales, página tras página, resurge el elemento substancial de sus recuerdos. Adicionalmente, cabe anotar que, desde sus primeros escritos, sobresalen los rasgos principales de un estilo vivaz, inventivo y dicharachero que lo acompañará hasta el ocaso de su dilatada trayectoria literaria.

Un reputado comentarista de otros tiempos - Hernán Díaz Arrieta - ha resumido todo en una frase: "De todas maneras, con o sin reflexiones defectuosas, entonado o desentonado, el señor Rodríguez, memorialista, resulta un escritor digno de respeto y figurará entre los más interesantes de nuestra época." (*Memorialistas chilenos*, 1960)

Tenemos a la vista los sucesivos títulos de sus creaciones que montan a cerca de treinta y corren entre sus *"Gotas de absintio"* y *"Alfredo Irarrázaval Zañartu"* (1955).

En un esfuerzo por sistematizar, sus escritos podrían agruparse en tres categorías principales: memorias, biografías y lo que podría describirse como "composiciones historiadas".

Entre las primeras se destacan: *"Últimos días de la Administración Balmaceda"* (1899); *"Reminiscencias militares"* (1902); *"Como si fuera ayer"* (1922); *"Como si fuera ahora"* (1930); " y *"La España que vi y viví"* (1948).

Sus principales obras biográficas son: *"Pérez Rosales"* (1934); *"La emancipación y el fraile de la buena muerte"* (1951); *"Miranda el visionario"* y la ya mencionada *"Alfredo Irarrázaval Zañartu"* (1955).

Un párrafo especial merece su obra *"La estrella sobre los mástiles"*, (1934) emocionada relación de la historia de nuestra Armada desde Cochrane hasta Prat.

El resto de su nutrida producción literaria correspondería, fundamentalmente, a lo que hemos aludido como "composiciones historiadas". Estas constituyen un abigarrado conjunto de reflexiones íntimas, reminiscencias personales, alusiones emocionales a algunos amigos y diversos textos tocantes a temas chilenos y americanos. En todas, Rodríguez Mendoza relata complejas vivencias; aconseja sobre temas de interés nacional; y critica duramente ciertas omisiones y descuidos que percibía en la gestión diplomática de nuestro país.

En su vida y obra, se revela, desde muy joven, como un observador agudo, un funcionario eficiente y un infatigable opinante. (Inevitablemente, después de este vasto recorrido de su vida y creaciones, habrá muchas cosas que nos quedaron sin decir.)

Antes de concluir, desearíamos formular dos sugerencias que podrían conducir a un mayor conocimiento de este destacado chileno que, desde su juventud, sirvió al país entregándole sus mejores esfuerzos.

En una obra colectiva publicada por nuestra Cancillería en (*“España a través de los informes diplomáticos chilenos: 1929-1939”*) se incluyen dos oficios en que, cuando Embajador en Madrid, nuestro personaje describía la situación española. Ampliando la mirada, se intuye que los archivos de nuestra Cancillería deben conservar decenas de otras comunicaciones cuyas inéditas hasta hoy (informes, telegramas y, tal vez, cartas) que, durante su desempeño diplomáticos aquél debió despachar desde Bolivia, Ecuador, España y Venezuela. Estamos seguros de que, si se realizara el esfuerzo de compilar una selección de tales comunicaciones, tocantes a más de veinte años de la realidad diplomática nacional, se dispondría de un ignorado y valioso material para el mejor conocimiento de las relaciones exteriores de Chile.

Además, podría explorarse, en el Archivo Histórico Nacional, el *“Fondo Rodríguez Mendoza”*: una veintena de volúmenes que legó doña Mercedes Basáñez viuda de Rodríguez Mendoza. Probablemente hay en él otra rica cantera documental. (Lamentablemente, por lo que nos concierne, el tiempo no nos concede tiempo para emprender personalmente esa exploración, como habríamos deseado.)

Deseamos cerrar, con tales sugerencias, este apretado resumen del trayecto y la personalidad de un diplomático y escritor que sirvió a Chile con una vasta capacidad intelectual y un ejemplar esfuerzo.

EL POETA DIPLOMÁTICO: HUMBERTO DÍAZ-CASANUEVA

*Jaime Quezada*¹¹



*Foto año 1962 Asamblea General de las Naciones Unidas, New York
Humberto Díaz Casanueva; Leonora Kracht y Enrique Bernstein.*

Humberto Díaz-Casanueva (1907-1992), el poeta de la videncia y de las lucideces, y a su vez, de las realidades totales de la existencia, y cuya obra en la literatura poética chilena conlleva buenamente su tiempo y su sabiduría. Esa sabiduría que vino en él creciendo, en fidelidad de vocación, durante casi todo un siglo: un siglo veinte que fue su realidad, su sueño y su porvenir de hombre “y habitante de un paraíso perdido para retornar a lo humano profundo”. Y no solo en su valiosa y vertiginosa obra, en lo suyo de su escritura muy suya, sino, además en una permanente y única relación con toda la poesía de Chile, con sus predecesores y con los que estaban generacionalmente en un continuo desarrollo y desplazamiento de la tan rica poesía chilena de ese siglo veinte con proyección al veintiuno.

¹¹ Poeta, Ensayista y Crítico Literario

Humberto Díaz-Casanueva se hacía así vínculo, relación, presencia hacia la hora mismísima y final de su noble vida. En esta visión comunicable todas las generaciones venían y andaban en él en su vigencia, en su perdurabilidad, en su conciencia esclarecedora de la poesía moderna. También, en su acercamiento vivencial y situacional “del hombre de este Chile, del hombre de este continente, del hombre sufriente y sufrido de este mundo contemporáneo”, como de tan viva voz lo dijo al recibir el Premio Nacional de Literatura en 1971, revelando en ello, así sea en su meritoria obra, su ideal estético, filosófico, ético y existencial.

Poeta, ensayista, filósofo, maestro, diplomático, viajero (pero viajero en el “yo lo vi, yo lo viví, y en la certidumbre de que existe un tercer mundo”). Y autor de una relevante y constante obra en sus siete, doce, veinte libros penitenciales y relampagueantes de un singularísimo lenguaje poético. Jamás se consideró –él mismo, a pesar de su don o sol de lenguas- un literato de oficio, sino alguien que, junto a otros oficios, vivió en la plenitud de la experiencia poética: desde su primer libro –*El aventurero de Saba* (1926)-, tan suyo y tan profético, a su *Vox tatuada* (1991), una de sus obras últimas e inquietante en páginas que nos son padecidamente testamentarias. De uno a otro libro todo un desprendimiento y un maravillamiento de sus códigos y símbolos, todo un arco con la poesía vibratoria de un autor que, en su exorcismo o pequeño mito del hombre, rechaza la conquista del paraíso perdido para retornar a lo humano profundo.

Así, la poesía quiere decir en Humberto Díaz-Casanueva: una definición del hombre, del ser. Fundamento de poeta metafísico que fue y, como tal, rebelde frente a su destino y sus dioses en una especie de tendencia prometeica o de *blasfemo coronado*. Su poesía andaba en esa aspiración de aire, surgiendo del fondo dionisiaco de la personalidad. Todo, sin embargo, en una búsqueda de un humanismo positivo, activo, ardiente, creador. Poesía que permite, a su yo angustiado y comunicable, una proyección hacia sus semejantes en un tiempo menesteroso. De ahí que su obra testimonia, en la poesía chilena contemporánea, una significativa y profunda escritura poética y un vital acercamiento a las realidades y sueños del hombre actual. Obra, sin duda, de universales signos y conceptos temáticos, enriquecida bellamente por un lenguaje de erudito tratamiento intelectual, existencialista y filosófico. Todo desarrollándose y proyectándose hacia la vida misma del ser, en sus anhelos, nostalgias y porvenires. Ahí entonces su mano fervorosa, sacramental: arte de fe perdurable.

Nacido en el Santiago de lo más Santiago de la ciudad (su barrio de la plaza Brasil), sería ya a los diecisiete años maestro de escuela en un lugarejo aldeano (Linderos), en esas ruralidades mistralianas de dar lecciones. Y después, en una extranjería voluntaria, ayudante de un anarquista zapatero uruguayo en Montevideo. Y después, en otro después de sus desplazamientos y geografías, discípulo de Heidegger en el viejo mundo de sus aprendizajes y errancias. Y después, alumno graduado en una prestigiosa universidad alemana de Jena con su tesis:

La imagen del hombre en la filosofía de Ortega y Gasset. Y después su Chile amado consigo por el mundo en tareas consulares, diplomáticas y representativas en organismos internacionales. Y en todo ese después el ahí de su presencia de hombre-poeta, de poeta-hombre, de cultura viva y creadora, de *Veredicto* de conciencia lúcida y vidente en un “ver que hace ver” a los demás. Una videncia que es un profundizar la condición existencial y revelar sus fundamentos en el lenguaje poético.

Las realidades de hoy en los padecimientos y sufrimientos del hombre, en todas las razas y en toda la humanidad, importaron sobre manera a Humberto Díaz-Casanueva. Pero amando también lo arcaico, admirando las culturas primitivas de la América (“era esencial para mí regresar a mis raíces precolombinas”), del África, del Asia; las leyendas, los conjuros, las liturgias (“Puede parecer paradójico, pero yo, inmerso en complicadas metafísicas, advierto que mi ser se expande mayormente en el primitivismo”); lustrando las palabras de la tribu con su lenguaje poético, en su sentido y en su imperativo de enriquecer el verbo creador.

Su poesía, entonces, pensativa y de vigilancia lúcida sobre el espíritu. Lo que el mismo, fiel y certeramente, llamará *Vigilia por dentro* (1931), título de una de sus obras. Y en la vertiente trasvasijadora de aquellas otras obras que vendrán: *La hija vertiginosa* (1954), su libro tan amado, *Los penitenciales* (1960), *Sol de lenguas* (1970). Su obra, que emerge en medio de las muchas manifestaciones de los movimientos de vanguardia, tiene el sello no solo de lo ideal estético, sino también ético y existencial y de plenitud creadora. Dice el poeta: “La poesía no es intemporal sino histórica, no puede escapar a los desafíos de la época y está comprometida con la situación del hombre de nuestro tiempo”.

Fiel a sí mismo en su siempre motivadora vocación poética -“artesano del poema”, como se define-, será también fiel a aquella otra ciudadana vocación de hombre de su época y de su circunstancia: servir a Chile a través de sus misiones como el diplomático oficioso que ejemplarmente fue. Desde los inicios de la década del cuarenta, Humberto Díaz-Casanueva es designado (gobierno de Pedro Aguirre Cerda) Encargado de Negocios en El Salvador, “tierra de volcanes, de magia, de gente sufrida, soñadora y buena”, dirá entorno de su experiencia centroamericana. Se iniciaba así un periplo de realidades y situaciones internacionales que lo llevaría en misiones diplomáticas durante sucesivos años por lo más cercano y por lo más lejano de geográficos lugares del mundo, ese mundo representado internacionalmente en la Organización de las Naciones Unidas (Nueva York), organismo en el cual Humberto Díaz-Casanueva, Embajador Representante de Chile, concluirá por la década del setenta (gobierno del Presidente Salvador Allende) su extensa, activa e infatigable labor diplomática.

Entre década y década: Secretario de la Embajada de Chile en Ottawa (Canadá), Consejero en la de Washington y, luego, en la de Lima; Cónsul General en Génova

(“y jefe responsable de todos los consulados de mi país en Italia, pero no aceptaría yo ser jefe de Gabriela Mistral, a la sazón ella -1951- Cónsul de Chile en Nápoles y Premio Nobel de Literatura. Prefería quedarme en una mutua amistad”) y más tarde en Ginebra; Ministro Consejero de la Embajada de Chile en Roma; Embajador Alterno en la Delegación de Chile ante las Naciones Unidas (en la Asamblea General rinde homenaje memorial al Presidente John F. Kennedy, recientemente asesinado en Dallas, Texas (1963); Embajador en Argelia (“que daba sus primeros pasos como nación independiente. El país me pareció de una belleza extraña y cautivante. Visitaba mucho Kabilia para convivir con los forjadores de la plata, los poetas orales y los cantores”) y después en Egipto (1967) con jurisdicción sobre otros países del Medio Oriente, estudiando particularmente el conflicto árabe-israelí. Y años siguientes -queda dicho- cerrando el ciclo en las Naciones Unidas, Nueva York (1970-1973).

Y así, para el poeta y diplomático, el mundo era ancho y nada de ajeno en las misiones muchas que bien cumplió en 33 años de servicios diplomáticos. Aunque, también, con los años, reconocería: “Lo que me hizo sufrir como diplomático fue la vida social y creo que ello mismo me incitó a buscar la soledad y la intimidad más absolutas para escribir. Mi libro *La estatua de sal* (1947), por ejemplo, fue escrito en ese hervidero de diplomacia que era Washington”.

Humberto Díaz-Casanueva cumpliría, honrosamente además, en la Organización de las Naciones Unidas otras importantes y muy relevantes misiones: ya como Miembro del Grupo de Expertos en Descolonización y Discriminación Racial (*Apartheid*) en África del Sur, ya asumiendo la presidencia del Consejo de Namibia de las Naciones Unidas o ya Representante de Chile en el Comité de Descolonización y de Derechos Humanos. De estas vivenciales, sufrientes y humanitarias experiencias nacerá su libro *El niño de Robben Island* (1986), nombre de una prisión, que en sus tiempos fue una de piratas y después prisión de negros (Soweto, Johannesburgo). Hechos auténticos y verdaderos de una época que conmovieron hondamente al poeta: “Dolorosa ha sido mi experiencia, pero el testimonio vivo de tan horrendo drama –la segregación racial en Sudáfrica- ha fortalecido mi fe en la emancipación del hombre. Cuánto amo yo la luz de lo real y mi participación en el drama del hombre sobre la tierra, aunque no sea yo la varilla mágica sino la espada contra mí mismo”.

En 1983 (el año de *El hierro y el hilo*, su onírico, surrealista y metafísico libro, a la vez que tierno y humano) Humberto Díaz Casanueva regresa definitivamente a Chile, país amado que llevó consigo en sus visiones y misiones por el mundo: “Vengo como sobreviviente de una generación a un Chile que sobrevive. No vengo a disfrutar de un descanso sino a contribuir, dentro de lo que me sea posible, a la restauración de una cultura que mereció el respeto y la alabanza de toda la América Latina”.

¿Un poeta filosófico, un poeta hermético, un poeta oscuro Humberto Díaz-Casanueva? La respuesta está en el recogimiento de entrar casi ritualmente –acto o acción de fe- a su obra toda que sobrecoge por el asombro y por la emoción: *Soy el vértigo de mis estados mortales, canto, canto más allá de mis límites, me aferro a mi ardor*, dice el poeta. Una cuerda tensa sobre el abismo, quizá su poesía. Ese abismo –un hombre suspendido sobre un andamio, andamio o espacio abierto- en la imagen onírica y real que guardó su memoria desde sus cinco años. Definiéndose, a su vez, como “un artesano del poema y como un vidente para expresar mi posición en el mundo, mis límites, mis posibilidades, mis angustias, mis esperanzas”. De ahí que su poesía se nutre de sueños y de visiones delirantemente y, sin embargo, lúcida, en un descenso órfico a las profundidades del ser.

Humberto Díaz-Casanueva fue él mismo una presencia en la poesía chilena de su tiempo tan de ayer como de ahora y en su obra haciéndose y rehaciéndose día a día. Y, a su vez, en la vigencia de estar en y para el otro, en una proximia única y singular. No fue el poeta infra-muro, sino en la pluralidad de un estar cercano con su viva palabra. Maestro, entonces, recibiendo el reconocimiento de su país patrio con la distinción del Premio Nacional de Literatura 1971. Razones valederas tuvo nuestra Gabriela Mistral para llamarlo “hermano magistral con quien se querría convivir muchas cosas: el paisaje acuchillado de nuestra cordillera magna, el patético de nuestros mares australes, la lectura de ciertas escrituras sacras. Todo lo aupador, todo lo noble y patético que está repartido por la faz del planeta, quisiera yo verlo y disfrutar con Díaz-Casanueva y los demás de su orden y de su rango”.

La madrugada del viernes 23 de octubre de 1992, el autor de *Réquiem* -ese breve, bello y mágico libro o libro padecido y logrado como se logra el milagro, sea en religión, sea en literatura-, fallecía en Santiago, su ciudad natal, a sus 85 de edad: *Heme aquí, abrazado a mi lecho, sofocado por mi respiración*. Él mismo, centinela de una siempre *vigilia por dentro*, se había preguntado en uno de sus advocativos versos: “¿Quién se esconde en el tiempo y me mira?”

Humberto Díaz Casanueva, diplomático, escritor y doctor en filosofía, ingresó al Ministerio el 7 de noviembre de 1940 y tuvo una larga carrera diplomática, que terminó como embajador de Chile ante Naciones Unidas el 12 de septiembre de 1973. Durante su trayectoria, se desempeñó en distintas representaciones de nuestro país, destacándose su paso por Ottawa, Washington DC, Lima, Ginebra y Argelia.

UN DIPLOMÁTICO

*Antonio Skármeta*¹²

Cuando tenía dieciocho años mis ganas de conocer el mundo y sacar de esos viajes experiencias que nutrieran mis ansias de escribir eran tan grandes que apenas terminada la escuela secundaria me alié con tres inquietos e imprecisos artistas con los que compartíamos los mismos defectos: el deseo de aventura, de arrancar de los hogares protectores, de exponernos al mundo, de enfrentar dificultades y superarlas, de escribir, actuar, pintar, de enredarnos en amores eternos que duraban una semana. Nuestra escuela artística tenía que ser la vida. Llevábamos libros en los bolsillos, pero nuestras ambiciones era tener tanto protagonismo como sus héroes.

Yo no era un lector pasivo: si un libro capturaba mi corazón, no lo dejaba en el estante tras leerlo sino que imitaba a los personajes y trazaba en mis sueños parecidos itinerarios. Detestaba la literatura formal, elegantemente escrita, de formulaciones cautas y decentes, de los narradores eternamente aposentados en sillones de abuelos tomando notas de cómo el fondo se llenaba de maleza y la casa patriarcal era inundada por el polvo. Me aburrían los tíos coleccionistas, las inhibiciones sexuales, los tormentos religiosos que impedían las fiestas del cuerpo.

El hecho de que no tuviéramos dinero nos parecía maravilloso: seríamos más libres en la medida que quedáramos expuestos a la intemperie. Si íbamos a pasar hambre, mejores serían nuestras novelas. Si teníamos que dormir a la intemperie en una plaza de pueblo, el café de la mañana sería más cálido y podríamos describir mejor su sabor en las páginas de cuadernos de matemáticas que desbordaban nuestras mochilas.

Para lograr estos ansiados momentos, salimos hacia Bolivia y Perú con un teatro de títeres transportable. Se trataba de lonas pintarrajeadas por nuestras pololas entre las cuales hacíamos actuar a nuestros muñecos: gordos libidinosos, mozas frágiles y pálidas, suegras codiciosas, galanes impetuosos, ladrones y policías, fantasmas ululantes.

El trayecto hacia Bolivia tardó más de dos semanas impulsados espasmódicamente por la voluntad de camioneros que parecían manejar dormidos en la eterna y monótona lentitud del desierto.

¹² *Escritor y ex embajador de Chile en Alemania.*

La estrategia para avanzar en el conocimiento de la América Latina profunda era detenernos en cada pueblo boliviano o peruano que tuviera algo así como una plaza o mercado callejero, y allí montábamos nuestro palco, y los mismos títeres convocaban con ademanes compulsivos y voces chillonas a los niños que merodeaban a los vendedores, curiosos por ver qué les rompía la rutina.

Nuestro repertorio incluía poemas latinoamericanos y algunos clásicos del teatro de muñecos, tipo “Los títeres de Cachiporra” de García Lorca, obra no carente de pícaro lenguaje popular. Consumado el atentado a los vecinos, uno de nuestros títeres recorría el círculo de espectadores sombrero en mano y se embolsaba las monedas que caían en él. Las sumas solían alcanzar para un jugo y un sándwich, pero no para una noche en la pensión. Entonces yo tenía que avanzar hacia la alcaldía y entrevistarme ya sea con la máxima autoridad o con sus asistentes para pedir que nos alojaran en algún lugar piadoso, ya que nosotros difundíamos un arte que entregaba “cultura” al pueblo.

Que el grupo me designara como portavoz tenía una razón atendible, era el único que no cargaba una melena cavernaria y una barba hirsuta donde solían aterrizar las moscas. Cada mañana me afeitaba con una *Gillete Azul* hasta quedar lampiño como el rostro de una monja. Rasurarme era un buen motivo para enfrentar al espejo y maldecirme a mí mismo por haber emprendido esta aventura tan excitante cuan demoledora.

Pensar que si no hubiera viajado – meditaba melancólico – a esta hora la nana me estaría trayendo en la casa de mis padres en Santiago un delicioso desayuno a la cama.

Los alcaldes siempre tenían un fondito para “relaciones públicas” o contactos con algún hotel local. Y allí íbamos a parar gratis “los artistas internacionales” – como nos llamaba la radio local - a estirar huesos y compartir ronquidos. Alguna vez la angustia nocturna se mitigaba con alguna historia de amor pasajera, aunque siempre me quedó la duda de si la generosa dama hubiera preferido el guapo muñeco “Currito” que yo manipulaba, a ese galán, bien afeitado, pero lejos de ser un James Dean que exploraba ansioso en su falda.

Al día siguiente nos montábamos en camiones, autos, buses, o camionetas rumbo al Pacífico. Algunos trechos de estos caminos de tierra, y a veces barro, apenas permitían el tránsito de un vehículo y a un costado se extendía el abismo de precipicios infernales. Viéndonos tan niños, hubo ocasiones en que en algún tramo demasiado arriesgado, el conductor peruano nos pedía que bajáramos del vehículo y que lo esperásemos unos metros más adelante, “si lo lograba”.

Así sumando experiencias y bajando kilos llegamos un día milagroso al puerto de Callao. Atracado en el muelle había un barco que nos pareció la joya más bella

de la galaxia :en su popa revoloteaba la bandera chilena. Inquirimos cual sería su destino. “Al día siguiente rumbo a Valparaíso”. ¿Serían tan amables de llevarnos? “Se te ocurre, *cabrito*. Este es un barco de carga. “¿Y escondidos por ahí?”. “Ni modo. A menos que...” ¿A modo que qué?. “A modo que el cónsul chileno en Lima, etc.”.

Viajamos de inmediato a Lima. Esta vez no permití que la delicada operación recayera sólo en mí. Quería que en el Consulado vieran la estampa que ofrecíamos, digna de la Corte de los Milagros. Éramos cuatro chilenos agónicos, hambrientos de hogar, de Ñuñoa, de caricias de mamá, de cazuela, de frazadas chilotas, de merluza frita. Famélicos, los ojos místicos de apetito, logramos llegar hasta la antesala del señor Cónsul. Allí la secretaria advirtió con voz ahogada de las visitas que pretendían ser recibidas. Tras un breve intercambio de monosílabos, la mujer se levantó y abrió la puerta como si la manilla contuviera material radioactivo.

Entramos y la mirada del funcionario nos congeló de inmediato. Nos hizo sentir doblemente hambrientos, triplemente sucios, moribundos. Daba la impresión de ser un hombre que había perdido los músculos faciales que conducen a una sonrisa. Otra vez fui yo el que tuvo que hablar. Relaté nuestro periplo ante su rostro impávido y le rogué que nos diera un papel con timbre del consulado pidiendo que nos embarcara.

Si mi discurso había sido breve, el del cónsul fue aún más conciso.

- No.

Y su mirada nos indicó la puerta. Aquí mis secuaces comenzaron un gimoteo aprendido de los mendigos. “Sea buenito, señor”, “Qué le cuesta, caballero”, “Dios se lo va a pagar”. El gimoteo fue tan melodramático que un hombre alto y delgado, de nariz prominente, pálido y elegante como un príncipe, irrumpió en la oficina .El Cónsul se levantó arreglándose el nudo de la corbata.

- ¿Qué está ocurriendo aquí?

- Lo de siempre, señor Embajador. Estos compatriotas que piden que los lleve de vuelta a Chile el barco de la Sudamericana.

El hombre se cruzó de brazos y nos estudió con unas pocas pestañeadas.

- ¿Qué hacen en Perú, muchachos?

Cada vez que se tiraba la bolita de la lotería yo me tenía que sacar el Gordo. Los compañeros “compatriotas” me conminaron con sus gestos a que hablara.

Y hablé. Febril. Locuaz como un condenado a muerte. Le describí la *cruzada "cultural" de hermandad entre los pueblos* que nos tenía exangües tras haber "*sembrado la semilla del arte*" hasta en las más humildes aldeas de la sierra. Le hablé de las noches a la intemperie, de los gélidos amaneceres, de la necesidad de volver a Santiago a retomar nuestros estudios. Terminé ronco y con la lengua seca.

- ¿Ve, señor Embajador? -dijo el cónsul-. Los aventureros de siempre que nos hacen perder el tiempo.

El Embajador se acarició la barbilla y luego se limpió una pelusa de una solapa.

- Cónsul, llame a Barnechea de la *Sudamericana* y dígame que me embarque a estos jóvenes esta misma noche.

- ¡Pero, señor Embajador. El consulado no es una agencia turística al servicio de vagos!

- Mire, cónsul. Estos niños hacen más por las buenas relaciones entre nuestros dos países que nosotros con nuestros papeleos y cables.

Nos dio la mano a cada uno y al llegar a mí me palmoteó el hombro.

- *Bon voyage, mon ami.*

Salimos corriendo con el documento firmemente apretado en mi puño rumbo a Callao, pero me detuve y volví al Consulado.

- ¿Cómo se llama el Embajador, señorita?

- Cruz Coke. Eduardo Cruz Coke.

- Dígame, por favor que jamás olvidaré su nombre.

- Se lo diré.

- Y dígame, por favor, que quiero ser escritor. Dígame que algún día escribiré sobre él.

*

Muchas peripecias y cientos de aventuras, viajes, estudios, amores, me ayudaron a cumplir mi sueño de ser escritor. Un arte que estaba en mi corazón desde niño. Seguí su rumbo sin vacilaciones, haciéndome cargo de contar con espontaneidad mi vida entramada amorosamente con la suerte de mi pueblo chileno.

Lo que no estaba en ninguna de mis fantasías era que un día el Presidente Ricardo Lagos me concediera el honor de nombrarme Embajador en Alemania.

Al aceptar, recordé la ternura de ese “colega” en Perú, y me propuse cumplir las tareas que Chile me encomendará con el temple de ese hombre al que nunca más ví. Sólo me faltaba escribir algo sobre él.

Y *héte aquí* que el Embajador Cabrera me propone escribir un par de páginas en este número de la revista de la Academia Diplomática. Justo sobre el tema de las relaciones entre literatura y diplomacia escribí un extenso ensayo hace años justamente cuando era Embajador en Alemania. Pero haber usurpado tantas páginas de esta publicación me pareció imprudente y preferí esta miniatura sobre un gran hombre.

Promesa cumplida.



Eduardo Cruz Coke.

INICIO EN LA DIPLOMACIA DE GUZMÁN CRUCHAGA

Pedro Pablo Guerrero¹³

Un poema le bastó para ingresar a la posteridad a Juan Guzmán Cruchaga (1895-1979). Los versos de *Canción* (“Alma, no me digas nada,...”) han sido recitados por generaciones de chilenos, opacando el resto de su producción lírica, de una calidad igualmente notable. Poco a poco también ha caído en el olvido su trayectoria diplomática, a la que se refirió con franqueza, amenidad y autoironía en sus memorias, organizadas después de su muerte en el libro *Recuerdos entreabiertos* (Dibam/Lom, 1998), editado por Pedro Pablo Zegers y Thomas Harris.

De especial interés son las anécdotas de su etapa consular, en las que revive la precariedad de sus primeras destinaciones: Tampico, Río Gallegos, Hong Kong... Pero el que tal vez sea el episodio más significativo de su carrera diplomática es la evocación de la forma azarosa en que ingresó al Servicio Exterior de Chile.

Después de abandonar la carrera de Derecho para aportar ingresos a su empobrecida familia de origen, Juan Guzmán Cruchaga llevó por algún tiempo una extenuante doble vida laboral. Durante el día trabajaba en el Tribunal de Cuentas (Contraloría General de la República) y en la noche escribía para el diario La Verdad, donde, según escribió, le “pagaban tarde, mal y nunca”. No tardó en irse de reportero al Diario Ilustrado, pero comprendió que no tenía pasta para el oficio, aunque la experiencia le sirvió para conocer a los poetas Max Jara y Jorge Hübner Bezanilla. Juntos crearon una pequeña agencia de ghost writers, tal vez la primera de América Latina, ofreciendo sus talentos para escribir poemas, cuentos, sermones, oraciones fúnebres y lo que hiciera falta.

Este “pituto” le costó el puesto a Guzmán Cruchaga en el Tribunal de Cuentas. Una tarde en que estaba escribiendo una carta de amor para un cliente, después del horario de oficina, lo sorprendió su jefe directo, a quien esta indisciplina lo horrorizó tanto como la presencia de Hübner Bezanilla. “¿No le he dicho yo que no quiero versos ni melenudos en mi oficina?”, lo amonestó. Guzmán Cruchaga redactó de inmediato su renuncia. A la mañana siguiente, el presidente del Tribunal, Alamiro Huidobro, la aceptó para no generar más conflictos, pero lo citó un día después al Ministerio de Relaciones Exteriores, donde lo acababan de nombrar ministro. Fue el inicio de su carrera diplomática.

¹³ Periodista Revista de Libros de El Mercurio.



Juan Guzmán Cruchaga.

La primera destinación de Juan Guzmán Cruchaga, cuando tenía apenas 19 años, fue Tampico. En la ciudad mexicana pronto comprendió que los derechos consulares no le alcanzaban para mantenerse, a pesar de que sólo comía una vez al día en un miserable restaurante chino, de noche, para que nadie lo viera. “Vivía aplastado de problemas y cavilaciones en un clima hostil, bajo la llama blanca de un sol terrible, durante el día, y envuelto en nubes de mosquitos agresivos y guerrilleros en la noche”, recordaría.

Para distraerlo de sus desdichas, un muchacho de Veracruz del que se hizo amigo, llamado Roberto Chávez, lo llevó una noche a una choza en el campo donde vendían marihuana. “Yo ignoraba por completo la existencia de la terrible droga y hasta su nombre. Sin embargo, el misterio de Chávez no dejaba de inspirarme curiosidad”, escribe el cónsul novato. Aspiró una sola vez el humo del cigarro y tuvo que recostarse en la cama. No pudo conciliar el sueño. Terminó en un hospital con taquicardia y alucinaciones. Sintió que iba a morir. Sobre todo cuando escuchó decir al médico: “No hay nada que hacer”. Chávez lo abandonó a su suerte y se fue. Salvó al poeta un paseo en taxi: el aire frío en la cara le devolvió el alma al cuerpo.

La traumática experiencia y las pellejerías de su vida en Tampico lo convencieron de regresar a Chile. Como el dinero no le alcanzaba para el pasaje, el empleado de una empresa petrolera consiguió embarcarlo gratuitamente en un vapor de la compañía. En alta mar se desató una tormenta que estuvo a punto de terminar en naufragio. Amainó sólo cuando el cónsul chileno arrojó por la borda tres ópalos que le había regalado en el muelle su amigo Chávez. El escritor confirmó lo que llamaba “mis fervorosas supersticiones”.

De vuelta en Santiago, el nombramiento de planta de Guzmán Cruchaga llegó cuando se produjo una vacante al retirarse del servicio su amigo Jorge Schneider Labbé. El reconocimiento literario, en tanto, sobrevino con la publicación en la revista Zig-Zag de su poema “Canción”. A los tres días fue llamado a su oficina por el Ministro Ernesto Barros Jarpa. El novel escritor entró a su despacho verdaderamente aterrado ante la posibilidad de perder nuevamente su trabajo.

“Al verme sentado frente a su escritorio don Ernesto me dijo: ‘¿Usted ha publicado últimamente un poema en el Zig-Zag?’. Yo le contesté de inmediato: ‘No, señor Ministro’. ‘¿Cómo es eso?’, insistió él. ‘¿No es usted Guzmán Cruchaga?’. Le dije que sí, sin embargo, le aseguré espantado que yo no era el autor del poema. Mas cuando vi que se sonreía bondadoso y que deseaba felicitarme, le confesé que mi turbación se debía a que yo había sido despedido del Tribunal de Cuentas por haber faltado gravemente al escribir un poema.

El gran Ministro, cordialísimo y sonriendo, agregó: Pero se libró usted; otro jefe, un poco menos culto, habría podido ordenar su fusilamiento”.

Al final de la conversación, Barros Jarpa le preguntó al joven funcionario qué puesto ocupaba. A lo que Guzmán Cruchaga respondió con honestidad: “Suche”. El ministro prometió arreglar las cosas. En efecto, a los pocos días lo llamó para ofrecerle el Consulado de Rawson en Argentina. “Allí podrá escribir tranquilo y mandar algo para su casa”, le dijo. “¿Tiene usted algún político amigo?”, agregó. Al contestarle el poeta que no conocía a ninguno y “que por desgracia nunca me había interesado en conocerlos”, el jefe máximo repuso que no importaba y que lo arreglaría con el Presidente.

Un conocido del poeta se ofreció a echarle una mano para conseguir la firma de su decreto de nombramiento. Juntos visitaron a un “político amigo” en el Senado, un famoso potentado de la época. Al día siguiente, Guzmán Cruchaga fue informado por el ministro que el “político amigo” había pedido al Presidente que firmara el decreto para un señor de apellido Holley. Pese a todo, Ernesto Barros Jarpa consiguió finalmente que se nombrara a su protegido cónsul honorario en Río Gallegos.

Después de un viaje en que la goleta que lo transportaba desde Punta Arenas casi se incendia mientras cruzaban el estrecho de Magallanes, Guzmán Cruchaga tomó posesión de su cargo en la remota localidad de la Patagonia argentina. Dos cuartuchos junto a un bar fueron su precaria residencia. El ruido era insoportable: hasta las cinco de la mañana atronaba la música del tango y luego era el turno de un punching-ball que golpeaba un boxeador contra la pared cercana a la cabecera de su cama. Tras una diplomática advertencia, al joven cónsul no le quedó otra que amenazarlo: si volvía a hacer bulla tan temprano usaría su revólver contra el tabique que separaba las habitaciones. El deportista no le creyó hasta el día en que Guzmán Cruchaga disparó. Santo remedio.

Fueron los duros inicios de un diplomático y escritor que llegaría a prestar valiosos servicios a su país, entre los que él mismo destaca sus gestiones para conseguir el apoyo de El Salvador a la posición gubernamental con motivo de los asilados en la Embajada de Chile en Madrid, durante la guerra civil española. Adhesión decisiva que imitaron las repúblicas de Honduras, Guatemala, Costa Rica, Nicaragua y Panamá.

Contra toda lógica, el premio a las hábiles negociaciones de Guzmán Cruchaga fue que le solicitaran, a través de un cable, presentar la renuncia al cargo de cónsul en El Salvador. Pese al desconcierto, el diplomático envió su renuncia de inmediato. Ya había anulado el contrato de arrendamiento y vendido los muebles de la casa cuando le llegó un nuevo telegrama que le decía que su renuncia había sido rechazada. “Como entre las condiciones requeridas para ser un buen funcionario ministerial, se exige, antes que nada la disciplina, disciplinadamente, aunque sin entender las órdenes de mis jefes”, el obediente cónsul adquirió nuevos muebles y firmó un nuevo contrato por la residencia.

Años después, de regreso en Santiago, Guzmán Cruchaga descifró el insondable misterio en torno al rechazo de su renuncia.

El veterano escritor Víctor Domingo Silva, autor del poema “Al pie de la bandera” y de la novela “Golondrina de invierno”, había solicitado su reingreso a la carrera consular. Como no había vacantes, el Ministro determinó: “¡hay que producirla!”. Con un mapa en la mano fue señalando, de sur a norte, todas las ciudades en las cuales había consulados de profesión. Pidió la renuncia al cónsul a quien le había caído el dedo encima. Todos, moviendo influencias políticas, se defendieron y mantuvieron sus cargos. Hasta llegar el dedo a El Salvador.

Cuando Víctor Domingo Silva, sospechando algo, preguntó a quien se había “descabezado” para darle su consulado, y le dijeron que al autor de “Canción”, inquirió si la renuncia había sido voluntaria o exigida. Al enterarse de que había sido a dedo, obligada, se negó rotundamente a ocupar el puesto. “Yo no puedo ocupar un cargo que se le quita sin razón a un funcionario y mucho menos cuando ese funcionario es un compañero mío”, replicó.

Juan Guzmán Cruchaga guardó, a partir de entonces, eterna gratitud al autor de libros patrióticos, y recibió una lección de dignidad que nunca olvidaría. El tiempo confirmó no sólo su calidad literaria, reconocida con el Premio Nacional de Literatura en 1962, sino también importantes destinaciones diplomáticas y el aprecio de sus colegas.

ENTREVISTA A JORGE EDWARDS:

“LA DIPLOMACIA ASPIRA A SER CORRECTA POR DEFINICIÓN”



En la sede diplomática en París, el Director de la Academia Diplomática “Andrés Bello”, embajador Pablo Cabrera conversó con el afamado escritor Jorge Edwards sobre tópicos de la diplomacia y su conexión con la literatura. A continuación algunos acápites de la misma:

Pregunta: En el marco del Bicentenario de la República, ¿cómo aprecia el aporte de la literatura en la difusión de nuestro acervo en el exterior?

JORGE EDWARDS: La literatura nos ha dado a conocer desde el Descubrimiento y la Conquista, desde “La Araucana” Somos un país opaco, terco, grisáceo, remoto, pero el lenguaje vuela más rápido que los medios de transporte más modernos. Y nuestra lejanía se convierte en leyenda con mucha facilidad.

P. ¿Cuál es su opinión de los tiempos cronológicos en diplomacia vis a vis la literatura?

JE Pensando en la dinámica de la diplomacia, la literatura es lenta y muchas veces, además de lenta, insegura. La literatura es intemporal y sobrevive gracias al otro, al lector, que es su misterio y su seguridad.

P. ¿Cómo se compatibilizan la prosa transgresora o incorrecta de la literatura con lo tradicional o recatado del mundo de la diplomacia?

JE La transgresión, la incorrección, incluso en esquemas clásicos, son inherentes a la buena literatura. Es una contradicción con la diplomacia, que aspira por definición a ser correcta.

P. ¿Es posible ser un escritor y diplomático?

JE La figura del escritor diplomático es antigua, proverbial. Ha tenido gran riqueza en la lengua española, en la francesa, en muchas otras. Alberto Blest Gana, entre nosotros, fue un impecable diplomático y un maestro de la novela criolla. Es nuestra primera referencia.

P. ¿Cómo visualiza a la diplomacia del contacto visual e intercambio personal ante el desafío de la virtualidad?

JE Mientras más tecnología, menos sabiduría. La diplomacia y la literatura tienen un gran punto en común: la inteligencia es necesaria, pero no suficiente. Si no se añade un punto de sabiduría, los resultados son detestables.

P. ¿Qué consejos le podría dar a un joven que ingresa a la Academia Diplomática y que además, tiene un interés como escritor?

JE En mis tiempos existía la posibilidad de vender 300 ejemplares de un libro. Ahora la situación ha cambiado. Sugiero que el joven elija entre la diplomacia y la literatura, y que después de hacer su elección, se concentre en esa tarea.

P. ¿Cuál sería el aporte de la experiencia diplomática a la labor de escritor?

JE Si la diplomacia le ha permitido conocer un poco el mundo, es el conocimiento del mundo, no la participación en los salones de las embajadas y ministerios lo que aporta. Paul Valéry decía que el poeta se refugia "en las fallas de la administración". Y el escritor diplomático en las fallas de la diplomacia.

P. En la ACADE se ha abierto un espacio para el diálogo y el debate sobre la diplomacia, pero escasamente se produce, ¿será por el temor a ser incorrecto?

JE El temor es malo. Sólo es bueno, quizá, en la guerra. En la diplomacia así como en la literatura, se necesita algo que podríamos llamar “seguridad natural”.



Jorge Edwards y sus hermanas, portada libro Memorias I, 2012.



Foto 1964 Conferencia de Comercio y Desarrollo - Naciones Unidas - Ginebra Jorge Edwards, Ángel Meschi, Ramón Huidobro, Carlos Valenzuela y Hernán Santa Cruz.

ESCRITOR Y DIPLOMÁTICO

*Marco Antonio de la Parra*¹⁴

De esas relaciones inquietantes que he vivido, una muy feroz ha sido la de ser escritor y diplomático.

Extranjero profesional, exilio dorado, el diplomático siempre está fuera del mundo, en un país ajeno incluyendo el suyo propio, arrastrando esa distancia precisa con el lenguaje que hace que lo trate de manera particular ya que siempre está traduciendo, conservando algo de monje medieval que al escribir sostiene y conserva pero también se deja influir por los países donde es destinado, sufriendo el impacto de la lengua que pisa y lo invade, cargando su acento, entregando las versiones originales de los países que ocupa, donde su trabajo lo lleva y lo arrastra con camas y petacas, con familias felices o desdichadas, con historias personales con grietas o floridas, que cargan de pasión y pólvora sus encuentros en otras naciones, donde suele hallarse en el territorio mundial de la literatura con otros compañeros de este oficio imposible de la escritura, este trabajar la lengua como si pudiera superarse su ambigüedad y se consiguiera tal vez en alguna ocasión saltar sobre la ficción o la metáfora para encontrar algo parecido a la verdad.

Tal vez el ser extranjero prepare el terreno del escritor y lo aventaje a otros compatriotas en su relegación selecta, ofreciéndoles el mundo como tribuna y pares como contertulios. Sin duda eso limpia temática e idioma, cruzando otros en su pronunciación cada vez más perfecta. Se abandona el mundo del turista y se convierte en el mundo del trabajo. París ya no París sino es la lengua francesa y así sus autores y su fraseo se convierten en material permitiendo además al escritor diplomático un silencio particular al refugiarse en su lengua natal, un aislamiento asaz estimulante, una soledad errática que lo pone a salvo de los juegos sociales y envidias de su localidad de nacimiento donde ser escritor cuesta tanto y hay tantos ya, somos tantos, éramos, fuimos, seguimos siendo.

Acá, en las afueras del territorio diplomático, está solo. Solo y libre.

Su horario de extraño burócrata con funciones extras de sociales inesperadas e insólitas lo hace aprender raras costumbres, hacerse adicto a las antigüedades o el diseño contemporáneo, a la pintura moderna o los tapices medievales, prueba comidas exóticas mientras se cansa de ofrecer los productos regionales de su tierra.

¹⁴ *Psiquiatra, Escritor, Dramaturgo y ex Agregado Cultural en España.*

Convertido en forastero profesional su español se vuelve neutro desapareciendo en ocasiones bajo alguna lingua franca como el inglés, el francés, el alemán, el italiano, algunas palabras en húngaro, japonés o nepalí, permitiendo emerger con las armas afiladas de un idioma rico y poderoso que carga esa mirada de lejos hacia su patria, ahora efímera y distante, quizás inexistente, tanto tiempo en viaje transforma apenas las cosas en bandera y escudo en la puerta de la Embajada y se dispone a escribir montando en pelo su lengua madre.

La tradición así lo marca. Algunos países latinoamericanos lo utilizaron como consigna y no ha sido extraño ver chilenos como Alberto Blest Gana, Pedro Prado, Jorge Edwards o Carlos Franz, o peruanos como Harry Belevan o mexicanos (¡qué voluntad para entender la cultura como un tema de relaciones internacionales!) como Alfonso Reyes, Octavio Paz o Sergio Pitol y otros tantos. No digamos los ingleses o franceses, que la lista es larga y esto no es una guía de teléfonos.

Yo, mismo, ya lo dije, el abajo firmante, viví la doble condición y atestigo la curiosa sensación de estar y no estar en mi español de Chile, sintiendo el golpe feroz del castellano de España, debiendo encaramarme sobre mis sonoridades lingüísticas para capturar el oído madrileño y conseguir así sostener una columna en el malogrado diario EL SOL, que duró los años que estuve destinado en Madrid. Le debo a esa estadía soledades de embajada donde escribir era mi mejor compañía y lecturas arduas y apasionadas de autores que solo lo cosmopolita del oficio me permitiría conocer.

Cuando asumí como agregado cultural en Madrid ya había leído las intrigas de MOUNTOLIVE de Lawrence Durrell, la desopilante novela de William Boyd UN BUEN HOMBRE EN AFRICA y la magnífica lírica de Malcolm Lowry en ese novelón glorioso de farragoso primer capítulo y escritura iluminada que es BAJO EL VOLCAN donde un cónsul navega en la desgracia y el mezcal. Todos panoramas estimulantes y curiosos del mundo diplomático. No puedo negar el incendio en mi corazón y en mi cabeza en esta sensación de inmune viajero a permanencia que la diplomacia ofrece.

A poco andar cruzaba Europa conversando con Raúl Zurita destinado en Roma, escuchándolo recitar, repartiendo el nuevo fuego de nuestra poesía.

A poco andar trabajaba en París los fines de semana investigando un pintor increíble de biografía inverosímil y el francés que hablaban las mujeres de mi casa para engañar a este niño precoz se sacudía en mi laringe con sonidos que creía perdidos.

A poco andar daba un par de conferencias en Tokio sobre la herencia cervantina.

A poco andar me traducían al francés y me publicaban en España y ganaba un par de premios en Menorca y en Castilla León.

A poco andar dirigía un taller de jóvenes dramaturgos españoles que se fue configurando en un grupo de talentos superiores que sabían todos más que yo, latín y griego para empezar, obligándome a crecer al galope para conseguir la estatura de un maestro.

Sé de ellos cada vez que voy a España donde los contactos fueron inmensos. Sé que algunos de ellos son lo más grande de este momento en Madrid y que han conocido fama internacional. Juan Mayorga y Angélica Liddell, sin ir más lejos. Que Google hable por mí, si lo dudan.

Enganchado a España quedé siempre preguntándome como lo hacía alguien como Juan Gustavo Cobo Borda, poeta y diplomático de carrera colombiano que recorrió el mundo siendo hasta embajador en Atenas y a quien pude conocer en esos días madrileños, esas tardes más bien, lamentando conocerlo cuando yo partía y él llegaba, así es el tránsito de este oficio, de este par de oficios cruzados. Me habrá olvidado a pesar que usó la palabra en mi despedida. Yo no. No lo culpo. Son, literalmente, gajes del oficio.

La obra de autores diplomáticos, pienso en las memorias de nuestro Jorge Edwards y también en EL ARTE DE LA FUGA, ese notable volumen de notas sobre la literatura y las memorias de Sergio Pitlor por otro lado un traductor impecable (no hay otro EL BUEN SOLDADO –la novela más inteligente del siglo XX- como su versión), tienen un sabor a mundo que contagia, huelen a maleta, a hotel, a recorrido a pie como oficinista de paseos de lujo, a librerías extranjeras y sobrepeso en el equipaje, a conversaciones en cafés favoritos y ciudades que parten siendo de paso y se convierten en territorios del alma, haciendo estallar el mapa personal de ese pueblo imaginario en que nos movemos cada uno para no perdernos.

Debería hacerse una compilación de estos autores, estos emigrantes forzados, estos visitantes como todos los visitantes curiosos e impertinentes que ven temblar la bolsa, la moneda, la política limitándose a informar a Palacio mientras la pluma corre suave sobre las notas de una novela o un poema mayor que el tiempo flotante de la extranjería permite y provoca.

Debería hacerse como también la de los médicos escritores, otros que son legión y ahí me despido porque tengo esa doble militancia que es triple y en esos días de Madrid escribí tal vez como nunca acumulando novelas que aún no he concluido y notas para piezas teatrales todavía no escritas y textos no montados y libros, muchos libros, no leídos del todo, así son las bibliotecas del escritor, del diplomático, del médico, siempre tan ocupado pensando en otras personas.

Me quedó la secuela de leer viajes, una novela enorme inconclusa sobre un diplomático de carrera en Madrid y un pintor español imaginario, una pieza teatral con un cónsul perverso (pobres cónsules, la imaginación literaria los castiga), notas múltiples que ya cité, palabras, bellas palabras, artículos, entrevistas, pero sobre todo viajes, muchos viajes.

Cada vez que vuelvo a Madrid vuelvo a mi casa. Vuelvo a una ciudad que fue y es también mi pueblo. Donde fui extranjero de oficio y visito mis librerías y bares con el mismo saludo cotidiano que me propinan como si tan solo me hubiera ausentado por meses.

Imagino a Cobo, el poeta colombiano, leyendo en griego a Homero.

Y me pregunto dónde estaría yo si hubiese persistido. En qué lengua soñaría, en cuál dejaría caer unas lágrimas, desde dónde hubiera viajado al entierro de mi padre, desde donde enviarle cartas a mamá que lee y olvida enseguida donde las dejó.

Me lo pregunto, a veces en francés, a veces en español castizo, me lo pregunto.



Marco Antonio de la Parra.

ITALIA

*Raúl Zurita*¹⁵

En mis recuerdos Italia se funde con una playa acantilada de la costa adriática, cerca de Lecce, en la Puglia, y un mar transparente que entraba en una gruta donde nadaba. Recuerdo también haber pensado que si Dios llegase a existir, ese mar debía ser el mar del Paraíso; todos los mares de Italia: el mar de la costa ligure, el mar del Argentario donde tienen su casa Raúl Morales y Donata, la famosa costa amalfitana, el mar de Sicilia. Todos ellos se hacen uno en mi mente en el silencio de esa gruta apenas cruzada por el ir venir de pequeñas olas rebotando en los muros de roca. Era el verano de 1995, el último de los cinco que estuve en Italia como agregado cultural de la Embajada de Chile en Roma.

Ahora recuerdo a mi abuela, una inmigrante que había llegado a Chile con mi madre adolescente en 1935 y que enviudó dos días después que enviudó su hija. Mi abuela había estudiado pintura en la Academia de arte de Génova y el por qué con mi abuelo habían parado en Chile, es un cuento largo que les escuché a mi madre y abuela por años, pero en síntesis es esto: mi abuelo se arruinó jugando a la bolsa y lo que les quedó fue únicamente una manzana de casas en Iquique que un bisabuelo o un tatarabuelo había comprado en la época del salitre, pero cuando mis abuelos llegaron la manzana entera no valía dos chauchas. Mi padre murió a los 31 y dos días después mi abuelo a los 56. Yo tenía dos años y mi hermana solo unos meses. Nos quedábamos con mi abuela mientras mi madre trabajaba como secretaria para mantenernos. Tuve una infancia muy pobre, pero no una pobreza proletaria, marcada por mi abuela quien jamás se acostumbró al país al que había llegado, un país con un mar helado, un mar para ella agresivo e incomprensible. Posiblemente para saciar parte de su nostalgia vivía hablándonos a mí y a mi hermana de Italia, al punto que de mi infancia no tengo casi recuerdos propios, mis primeros recuerdos de niño son los recuerdos de mi abuela, que se le iban mezclando con los nombres de los grandes pintores italianos de los cuales hacía copias, y que poco a poco se me iban haciendo familiares, sobre todo uno que aparecía permanentemente y que me asustaba; el poeta Dante Alighieri. Pero al final era siempre el mar, el mar, el mar. Mi abuela murió en abril de 1986 sin jamás volver a mirar ese mar. Cuatro años después, mientras aterrizaba en Fiumicino tuve la sensación de que estaba allí para cumplir por ella la deuda de su nostalgia.

¹⁵ *Escritor, Poeta, Premio Nacional de Literatura y ex Agregado Cultural en Italia*

Mi primera impresión fue tan rebuscada como ésta: el gobierno democrático de mi país, ese país que mi abuela jamás quiso, me había mandado allí para pagar una nostalgia que había llegado a ser también la mía. Cuando al otro día, entre bocinazos, gestos y ademanes alucinantes del taxista que no paraba de repetir *tutti ladri, tutti ladri*, logré llegar a la embajada y me presenté ante Raúl Troncoso, una muy buena persona que ejerció muy poco como embajador porque se enfermó y gran parte de su período lo pasó en un hospital de Roma en una de las piezas de la sección "*Pudenti*": pudientes, siempre me ha impresionado la falta de eufemismos con que se usa el lenguaje en Italia, la sección, claro, la sección de los que pueden pagar; decía entonces que al hablar con él caí en cuenta de que había que comenzar a trabajar, y mucho. También me di cuenta, cinco horas después, sentado en la que era probablemente la más minúscula oficina de toda Roma, que jamás me acostumbraría a un horario de oficina, lo intenté varias veces en mi vida y no lo logré hasta después de los 50, cuando comencé a hacer clases en la Universidad Diego Portales, pero entonces tenía diez años menos. Me dije entonces que lo mejor era actuar en consecuencia, así durase dos días en el puesto. A los 15 días el embajador me mandó a llamar, entendí de inmediato que era por las libertades horarias que me estaba tomando. Me senté frente a él, alzó a la cara y me miró a los ojos. Me dijo: ahora me lo va a decir y lo esperé. Un instante después desviando la tensión, me preguntó por el proyecto de una exposición de artistas chilenos que había comenzado a gestionar. Supe entonces que al menos ese punto estaba resuelto, que si no me había dicho nada en ese minuto ya no me lo diría nunca.

Se lo agradecí en silencio. Me sentía orgulloso de representar culturalmente al Chile que había salido de la dictadura, creo que sobre todo en la época en que fue embajador Mariano Fernández Amunátegui, hicimos cosas que no se andaban con chicas, exposiciones notables, encuentros de escritores, mega muestras como "*Arriva il Cile*" en Venecia donde se ocupó la ciudad entera, fuera de que por primera vez conseguimos que Chile tuviese un pabellón propio en la Bial de Venecia, pabellón cedido por los italianos (el presupuesto destinado a la cultura en la embajada no era muy bajo, era cero absoluto). Pero lo que hacía lo hacía desde la poesía, y no sólo porque la condición de artista facilita mucho la tarea cultural, sino sobre todo por lo que había escrito en esos años feroces, y que debía ser respetado como tal, por lo que si me quedaba escribiendo hasta las seis de la mañana en el departamento que arrendaba en la *Flaminia Nuova* (el último año lo pasé en *Flaminia Vecchia*, la antigua vía romana por donde salían y volvían las legiones romanas conquistando el mundo, otra cosa amigos), decía que si me había acostado ya muy entrada el alba escribiendo los poemas de mi libro *La Vida Nueva* que era también un poema de amor a Chile (y que efectivamente terminé en Roma), estaba también cumpliendo con algo o con alguien, con quienes habían pensado que debía estar en esa agregaduría también por lo que podía significar eso para mi escritura que es también la escritura de un país. Había mantenido en los años más difíciles la continuidad de la gran poesía

chilena, entonces nadie mejor que yo sabía como manejar mi tiempo. Estar en la Embajada a las ocho y media después de haberme pasado hasta las seis de la madrugada escribiendo no le servía a nadie. Jamás tuve un problema con eso en los cinco años que estuve en Roma. Fui siempre respetado en mi condición de poeta, lo que aunque es lo lógico, lo agradezco porque sé que no sucedió lo mismo en otras embajadas con los agregados culturales, en general escritores, que no eran de la carrera diplomática.

Jamás me he entendido bien con los asuntos más simples, cuando conducía, por ejemplo, nunca logré tener al mismo tiempo la licencia, el padrón del auto y el permiso de circulación. Manejaba pésimo y además me gustaba hacerlo a alta velocidad por lo que era un kamikaze ambulante y en Italia creo haber dado abundantes pruebas al respecto. Aunque no me maté ni maté ni herí y ni rasguñé a nadie, conduje el auto más abollado de la historia de la diplomacia y originé unos tacos históricos por quedarme en mi maltrechísimo VW Golf sin bencina en lugares al parecer inverosímiles. Mis amigos de la embajada me ayudaban a salir de esos líos, pero no de los pagos en los que se me iba prácticamente gran parte del sueldo, que continuamente debía hacerles a otros conductores originados por chocarlos por detrás, por los feroces raspones, focos quebrados y espejos retrovisores arrancados de cuajo a una cantidad no menor de Alfa Romeo y otros modelos linajudos estacionados al lado de donde pretendía hacerlo yo, debido a que nunca logré tener un seguro vigente; o porque no lo había sacado, o porque se me había perdido el papel, o porque lo tenía vencido. Pero finalmente tuve uno al día con todo en regla, perfecto. La misma tarde en que me lo entregaron, freno correctamente en una luz roja y al instante siento el impacto por detrás que me empuja cinco metros. Profundamente satisfecho de mi mismo, me bajo con mi mejor sonrisa y la hoja del seguro en la mano. El tipo del deportivo que me había chocado hace un gesto señalándome que se va a estacionar a un costado, lo sigo con los ojos mientras hace la maniobra y de pronto ¡zas! acelera a 300 por hora y desaparece en un santiamén huyendo mientras yo me quedaba en el medio de la avenida sosteniendo la hojita del seguro. Me devolví a mi auto y al tratar de hacerlo andar no había caso. Al bajarme comprobé que con el golpe la carrocería se había enterrado en las ruedas traseras trancándolas. Me vi entonces consiguiendo una guía telefónica para ubicar una grúa, luego buscando un teléfono público para llamar, después la espera en caso de conseguir una, al otro día el garaje, y entendí que la suma de acciones me superaba. Saqué mi bolsón, cerré la puerta del Golf que había quedado en el centro exacto de la intersección de dos calles y me fui alejando entre una sinfonía de bocinazos, silbidos, y autos que trataban de avanzar, originada por el taco fenomenal que se estaba formando y no volví nunca más. Tres años y medio después, cuando ya me venía de regreso a Chile, el embajador me pide que devuelva la patente. ¿Qué patente le respondí? La que te entregaron los italianos de Relaciones Exteriores. A los tres minutos mi amigo se tomaba la cabeza a dos manos diciéndome: no puede ser, no puede ser ¿y la patente diplomática? ¿cómo vamos a devolver la patente diplomática? No tenía

la menor idea, pero no era algo tan menor, había un férreo control de las patentes diplomáticas que entregaban los de La Farnesina, el mussoliniano edificio del Ministerio de Relaciones Exteriores italiano, por el uso que podía hacer de ella las mafias plenamente vigentes, por lo que entregarla una vez terminada la misión era de rigor. Si me lo dijeron alguna vez no lo registré y nadie podía entender que yo hubiese dejado en pleno Lungotevere con patente diplomática y además que no hubiese hecho el menor intento en tres años y medio por saber de él. Yo sí me entendía, por fin tenía seguro y el tipo salió arrancado.

Mariano logró solucionarlo. Él es una persona de una enorme generosidad, un diplomático de lujo, alguien fuera de serie frente a quien no tengo sino palabras de gratitud y cariño. Una Embajada es un micromundo autosuficiente, jerárquico, donde el Embajador es el Supremo Dios y si Dios decide hacerte la vida imposible no dudes que te la hará. No pasé un minuto por eso, al contrario. Mientras tanto, en el trasfondo, un mundo se derrumbaba; se desmoronaba el *"Pentapartito"*, la operación *"Mani Pulite"* encarcelaba a más de la mitad de la clase política que gobernaba Italia desde la segunda guerra por sobornos, Bettino Craxi, secretario general del Partido Socialista Italiano, se exilia en Túnez donde muere mientras el que había sido su protegido, Silvio Berlusconi, iniciaba su ascenso político hasta ser el Primer Ministro de Italia. Lo comentaba con Pedro Medrano, entonces Embajador de Chile ante la FAO, mientras tomábamos desayuno en la cocina de la residencia de la Embajada, en la Flaminia Vecchia. Viví allí el último año, después que mi pareja de ese tiempo se volviera a Chile, y conocerlo fue un privilegio. Nos cruzamos abruptamente en una celebración del 18 de septiembre con la colonia chilena y en tres segundos, sin habernos visto jamás antes, estábamos hablando de los temas esenciales: el amor, el desamor, los hijos, los abandonos, y desde ese minuto estoy unido con él por una amistad que me es indispensable.

Vuelvo entonces al mar. La voz aguda de mi abuela se va mimetizando con el suave ronroneo de las olas golpeando los muros de la gruta. En los últimos años olvidó el poco castellano que había aprendido y al final olvidó también el italiano para quedar solo murmurando la lengua de sus remotos tiempos felices: el zeneize, el genovés. Solo mi madre le entiende. Me cuenta que lo que me está diciendo es que salgamos en la barca a dar una vuelta por la bahía. Mientras nado pienso que es extraño sentir tus lágrimas en medio de la inmensidad salada del mar.

SEMBLANZA AUTO NERUDIANA

*Abraham Quezada Vergara*¹⁶

Siempre me llamó la atención cómo nuestro país hasta comienzos de los años 70 del siglo XX, tenía dos premios nobeles literarios, en circunstancias que ningún otro de América Latina podía exhibir algo semejante. Qué tenemos o teníamos que nos permitió alcanzar tan altas dignidades? Años después, cuando escribí mi primer libro, intenté responder esa pregunta. Hasta el día de hoy todavía aquella interrogante ronda en mi cabeza. Tal vez la respuesta esté vinculada al accionar de escritores como Pablo Neruda.

No es fácil hablar en primera persona cuando durante años, de manera anónima y sin ninguna pretensión, me he dedicado a auscultar la vida de los otros, en este caso, la del mayor poeta de la lengua castellana del siglo XX. Pablo Neruda. ¿Qué nuevo aspecto podría yo ahora contarles a ustedes de la vida de este chileno de enorme estatura, no sólo literaria, que atravesó el siglo XX blandiendo su “poesía y su bandera”?

El mismo Neruda señalaba que para saber algo de su vida, había que leer su poesía, que sus versos perfectamente podrían hablar de él. Entonces, el ejercicio descriptivo podría reducirse a la simple lectura de sus libros, los cuales a la fecha de su muerte, totalizaban casi la cincuentena, con cerca de 6,000 hojas de poemas incluidas.

Por de pronto, les puedo adelantar que desciendo de una dinastía de recitadores, de juglares modernos que en las fiestas familiares se congregaban alegre y ruidosamente a declamar versos de la Mistral, Amado Nervo, Rubén Darío, García Lorca y otros tantos. Neruda solía aparecer con sus famosos Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperaba. Recuerdo nítidamente que el favorito de mi madre, mis tías y tíos, era el Poema 11:

“Hoy que es el cumpleaños de mi hermana, no tengo nada que darle, nada. No tengo nada, hermana. Todo lo que poseo siempre lo llevo lejos...”

El cual escuché tantas veces en mi infancia antofagastina. Luego en la Universidad, en el mismo Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en donde en los años 20, el mismo vate iniciara sus primeros escauceos literarios, amorosos y

¹⁶ Primer Secretario del Servicio Exterior.

políticos, pude conocer otros aspectos de su vida y obra, de situarla en un contexto y valorarla tremendamente. Los años 80 fueron años de censuras y dificultades políticas, tal vez por lo mismo, el poeta combativo e ideológico, pero a la vez sencillo y romántico, despertó curiosidad y apasionamiento en los recintos universitarios y sirvió para expresar la rebeldía de aquellos años. Imagino que se habría puesto feliz de haber sabido que por las necesidades del momento, se había convertido en un “poeta de utilidad pública”, como solía autodefinirse. Más tarde, me siguió acompañando en mi vida laboral. Constituía (y constituye) un remanso, un abrevadero. Un espacio mágico y privilegiado de donde emanan bellas palabras e imágenes del perenne sentimiento humano que todos, muchas veces, hemos sentido.

Pero debo confesar que el poeta adquirió contornos nítidos en su real dimensión y categoría, cuando inicié mi diplomática y errabunda vida. Fuera de las fronteras de la patria pude darme cuenta de su trascendencia e influencia. En los sitios más apartados y diversos, a veces de manera insólita e inesperada, aparecía su voz o su presencia. ¿Usted viene de la patria de Neruda? solía ser el primer contacto con gente de otras latitudes. Así, muchas veces, el autor de *Residencia en la Tierra* me ayudó a romper el hielo o servir de excusa para iniciar una grata conversación. Es más, fue un permanente, y lo sigue siendo, instrumento para promover la imagen de Chile.

De ese modo, andando el tiempo se transformó en un poderoso aliado en contra de la nostalgia y el desarraigo que provoca la lejanía de la angosta faja de tierra. De algún modo, en las lecturas e investigaciones que he realizado, en los artículos y libros que he escrito sobre el vate, me han ayudado a espantar la añoranza. Dicho de otra manera, la interacción con su mundo y su literatura, me ha ayudado a regresar a mi país cada vez que ello ha sido necesario.

Me gustaría contarles que Neruda es mucho más que un poeta o escritor. Fue un intelectual interesado e inmerso en las contingencias de su tiempo. Bardo ciudadano en toda la extensión de la palabra, como lo calificó uno de sus biógrafos y amigo. En esa aventura, atravesó la mayor parte del siglo XX como un activo partícipe de la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial, el surgimiento de los países socialistas, la Guerra Fría, los movimientos de liberación en América Latina y en el auge y caída del Gobierno del Presidente Salvador Allende.

Se podrá discutir en el plano de las ideas su adhesión irrestricta en materias políticas a una ideología de implantación planetaria, la cual lo promovió como un escritor adepto, pero su sinceridad y consecuencia política, su decisión de representar y ser la “voz de los sin voz”, indudablemente fueron ejemplares. Un poeta esencialmente luchador, consciente de su “labor profética”, y denunciador de las profundas desigualdades que afectaban (y afectan) a nuestros países. Por ello, al final de sus días, pudo señalar que, a partir de su trabajo estético y de su activismo político social, su poesía “no había cantado en vano”.

Desde un comienzo y aún perteneciendo a la burocracia del estado, en calidad de Cónsul y más tarde de Embajador, no titubeó acerca de sus deberes intelectuales. Cuando los principios chocaron con las instrucciones o estatutos administrativos, optó siempre por los primeros. Al decir de un escritor caribeño, que el siglo XX fueron “tiempos difíciles y grandiosos...y no un tiempo para poetas débiles... sino para hombres fuertes”. Neruda calzó perfectamente en esa factura. Los hechos de esa época fueron de tamaño tal que sólo las grandes voces, como las de Neruda y otros tantos, podían cantarles. De algún modo, nunca fue necesaria tanta fuerza expresiva para enfrentarse a los desafíos del momento. Neruda indudablemente fue un protagonista ineludable de múltiples encrucijadas históricas.

Creo que sus viajes y visitas al exterior, sus tempranas vivencias en “países de leyenda” (como India, Siam, Java, etc.) o más tarde cuando estuvo destinado en las principales “capitales del idioma” (como Buenos Aires, Madrid, París, Ciudad de México), le permitieron conocer el ancho mundo, pero sin dejar de estar siempre vinculado a la patria y sus problemas. Algunos testigos que lo conocieron me contaban que uno de los aspectos más curiosos de su personalidad se vinculaba con ello, viniera de donde viniera, de México o Europa, daba la impresión que siempre estaba viniendo de Chile. El amor a la patria en su caso fue una cuerda invariable. Hay un escritor de Valparaíso (Carlos León), quien señalaba con cierta gracia que Neruda, y debo agregar acompañado de muchos otros, “han hecho por Chile muchísimo más que todas las embajadas juntas”. Por lo que creo que no es exagerado afirmar que a través de Neruda, y otros tantos, Chile tomó forma para el mundo en el siglo XX.

Por ello, y para concluir e intentar responder el planteamiento inicial, estimo que difícilmente un escritor como Neruda, o la Mistral en su momento, podrían haber logrado las cimas literarias que alcanzaron, si a sus talentos indiscutibles no se hubieran sumado decisiones y acciones públicas de un Estado que no sólo los educó, sino también los capturó, permitiéndoles sobrevivir para la poesía, en definitiva para la eternidad, ayudándoles de ese modo a fortalecer y difundir la imagen y buen nombre de Chile *urbi et orbi*.

MI ABUELO ENRIQUE ARAYA

*Rafael Gumucio Araya*¹⁷

Todo su vida mi abuelo, Enrique Araya Gómez, quiso ser un hombre serio, trágico, profundo incluso. Toda la vida tuvo, como tengo que hacerlo ahora, que hablar de humor. Sin importar los libros le pedían que repitiera el milagro de su primera novela: “La luna era mi tierra”, doce ediciones sucesivas desde la primera de 1948. Texto semi obligatorio en los colegios por algunos décadas, llamado por el ex presidente Eduardo Frei Montalva “Los anales de nuestra generación”.

A mi abuelo eso no le pareció nunca suficiente. Atormentado por toda suerte de dudas teológicas, perseguido por toda suerte de miedos y fobia (abría la manillas de la puertas con los codos para no llenarse de microbios), intentó una y otra vez escribir la gran novela metafísica latinoamericana. Es lo que lo obligó a perpetrar las novelas (o poemas en prosa): “Luz negra”, “Francalia” o la historia de un niño, que su madre por temor a todo, encierra en el armario; que se convierte en un universo paralelo después de la tercera guerra mundial en “El caracol y la diosa”, o la del señor que recibe una tarjeta de visita de dios mismo. Historias ingeniosas muchas veces, a veces inquietantes que en su prosa de funcionario, precisa, pudorosa, profesoral nunca lograron convencer lo suficiente. Pensaba que el problema lo tenía el castellano, esa lengua tan poco seria y vivía esperando una traducción al italiano que nunca llegó, o contemplando una traducción al Euskera de su último libro “Al pie hacía el infinito”, de la que no podía comprender.

Mi abuelo fue un escritor de éxito que fracasó una y otra vez. Es lo que me obliga a escribir sobre él, el miedo a ser su digno sucesor, el intento de comprender esa magia parcial, como diría Borges--otro que fue amigo de mi abuelo pero aunque no logró nunca que escribiera una línea sobre él. Miró a mi abuelo frente a frente y no pueden dejar de conmoverme sus intentos. El intento de prolongar el éxito de su primer libro en sucesivas secuelas (“Siempre en la luna”, “El otro lado de la Luna”), el intento de mezclar el estilo que los críticos y los amigos le alababan con las preocupaciones metafísicas que le interesaban en “El inútil Hipólito Jara”, “El día menos pensado”, o “La Jaula por dentro”, el intento luego de adaptar ese estilo al realismo mágico --que estaba seguro de haber inventado antes, muchos antes que García Márquez-- en “Laberinto de amor y arena”, o de darle un vago resplandor policial “Crimen de cuatro cerrado”.

Para los que conocimos a Enrique Araya, para los que temimos su llegada a la casa que devolvía a nuestros padres al rol de perpetuos hijos a los que sacó del

¹⁷ *Escritor.*

colegio porque eran genios u obligó a estudiar filosofía porque era lo único que valía la pena estudiar, es raro leer en sus libros su voz tan joven, tan gentil, tan dulce, tan pícara. Un libro en tres partes, que es también extraño en la literatura chilena, tan llena de sangre a borbotones, muertes y miserias en el campo que generalmente deserta del tono abiertamente menor con que todo se cuenta en estas páginas. Un bilundgunroman a la chilena, la dilatada historia de un joven, las cien mil maneras en que intenta convertirse en adulto sin hacerlo del todo, su aterrizaje forzado y tan lento en la vida de verdad. La infancia y la juventud de Eustaquio Arredondo, que tiene demasiados hijos, pocos sueldos, muchos proyectos y una dificultad permanente para diferenciar lo real de lo imaginario. Un sólo libro en tres partes, dulce y un poco triste que es una suerte de ajuste de cuenta con el pasado y un intento a veces lúcido, de comprender el presente.

Al releer sus novelas como parte de una sola gran novela, me doy cuenta hasta que punto es absurdo querer ser realista o querer no serlo, intentar ser universal o local. Como todo, en literatura basta con quedarse, con insistir, con volver para ser. El tiempo hace el resto. El mobiliario, las calles, las panaderías, esa realidad brusca y banal contra la que choca Eustaquio Arredondo, es con la perspectiva de los años lo más literario, lo más fantástico de la novela. Son los sueños del narrador, más bien, los que han envejecido. O más bien esos sueños se han convertido también en parte del mobiliario, el paisaje, los personajes secundarios, el ruido mismo de las calles del centro donde esa serie inconclusas de hidalgos santiaguinos intentan aún alimentar a sus familias sin caer demasiado visiblemente en la terrible indignidad de trabajar para vivir, en la aún más indigna idea de vivir para trabajar.

El tiempo lee otra novela que la que Araya escribió, la de ese mundo trágicamente aislado del mundo donde todo era familiar, austero y excéntrico. Excéntrico esencialmente, porque Santiago quedaba entonces lejos de cualquier centro visible, ligeramente victoriano, imperdonablemente hispánico, fatalmente chilenos esos caballeros que cuidan los fondos de sus parientes, se ponen corbata para atender a otros primos empresarios en la oficina de impuestos internos, que entre medio piensan en la tercera guerra mundial, o la forma concreta en que nos tocara resucitar en el cielo, ¿con cuál de las dos esposas? ¿De qué edad, con que traje? ¿Y si dios tuviera una tarjeta de visita? Metafísica protocolar, la etiqueta y el manual de Carreño, hasta después de muerto.

“Meditando sobre esta fatal tendencia mía a hacer lo que debo, he llegado a la conclusión de que me equivoqué de planeta y que la luna era mi tierra”. —La luna era la tierra de Eustaquio Arredondo pero es también la de sus amigos, enemigos, esposas e hijo. Es toda la ciudad la que toma ese resplandor lunar, ese quiebre de la ley de gravedad que es la esencia mágica de estas novelas. Ligeras a pesar suyo muchas veces, modestamente personales, curiosamente coquetas: “Ya medite el narrador—dice Alfonso Cálderon refiriéndose a “La luna era mi tierra”— sobre la

eternidad o sobre la ley, hay un deslinde chaplinesco en su comportamiento, algo así como esos saludos que el difunto cómico hacía dignamente, quitándose el hongo y sonriendo, a objetos como una paragüero o un escupitina”.

Para el mismo Alfonso Calderón, Araya tiene el coraje de denunciar la imposición y el orden falso, poniendo en sorna los fundamentos que sostienen el edificio social. Logra “pequeñas reflexiones en un universo literario altamente creativo, sugerente, divertido y a veces triste. Siempre muy realista. Siempre muy bien logrado.” Todo eso con la menor estridencia posible, como quien no quiere la cosa.

Los incontables percances económicos del narrador son gran parte del tema de las tres novelas. La sobrevivencia en un país, el Chile de los cuarenta y cincuenta que no se recuperó nunca del todo de la crisis económica del 29, no era fácil para nadie. Las grandes fortunas de ayer son risible visto desde los caudales de hoy. El lujo de entonces también austero o improbable. Eustaquio Arredondo puro representante de una clase media, es justamente lo contrario de lo que este término designa sociológicamente—los que vienen de la pobreza y han logrado un pasar medianamente pasable. Hijo y nieto de provincianos ricos, fue criado para tener chofer, y vivir holgadamente. El destino, su falta de constancia sus muchos hijos le han impedido hacer fortuna. No se le ocurre buscar más allá de su propia voladura la razón de su incerteza. Sólo sabe que no es el único, que otros compañeros de colegio y universidad viven pidiéndole préstamos a distintos gerentes de banco con “alma renacentista.” Eustaquio Arredondo en ese libro que fue según el ex Presidente Eduardo Frei Montalva “Los anales de mi generación”, que experimenta en carne propia la metamorfosis de su clase social desde una oligarquía de provincia segura de su origen y pertenencia a una clase media suburbana, funcionaria y voluntariamente gris. Una clase y una generación que será justamente la que animará la Democracia Cristiana—a la que Araya acompañó de lejos primero, militando finalmente—, la que sin saberlo, sin quererlo del todo, hará la revolución cuando inesperadamente alcanzara el poder. Una generación, un partido, que finalmente expropiara la tierra—la luna era su tierra—de sus ancestros para repartirla entre los inquilinos, cambiando para siempre las reglas del mundo que describen este libro donde todo parece secular e inmóvil, tribal y familiar como los dibujos de Coke que acompañaron la primera edición, líneas claras, dulces colores, sorna acampechada, vaga elegancia bonaerense.

La luna de Eustaquio Arredondo que es quizás ante todo el pasado imposible de su clase social, la incapacidad de adaptarse a ese nuevo modelo de vida, ya no Paris ni Londres, sino Los Ángeles, y la señora con falda plisada, aspiradora en la mano y casa decorada según los dictados de la revista “House Beautiful”. El choque entre un mundo práctico y pragmático promocionado por películas, libros y revista y una educación diletante y básicamente humanística que privilegiaba la retórica sobre todo el resto de las artes y ciencias. Las tres novelas que

muestran el imposible intento de un hombre, pero también de un mundo, por ser práctico y científico cuando todo los preparos para ser vago y sofistas, diletantes y millonarios. Enrique Araya que, como Eustaquio Arredondo, vivía obsesionado por proyectos prácticos, un invento, una idea que lo hiciera millonario pero que al mismo tiempo lo convirtieran en benefactor de la humanidad. Más que todos sus libros lo enorgullecía la idea de que la ciencia hubiese respaldado su teoría de que el cuerpo rechaza el órgano trasplantado. Le interesaba de sobre manera la forma de convertir el semen animal en un bálsamo de la eterna juventud. Así también la invención nunca patentada del autos sin ruedas, el barco que se desplaza sobre cojines de aire, un sucedáneo del petróleo a partir de un sistema de imanes—que lo llevó a viajar por Europa en una silla de rueda para no ser interceptado por algún comando de árabe—, una vacuna contra la inmunodeficiencia basada en la placenta de mujeres al 3º mes de embarazo, un teléfono que soluciona todo tipo de problemas (desde los domésticos a los filosóficos) y una computadora capaz de escribir con la letra manuscrita del interesado. Idea que lo llevó, a base de una sonrisa poco resistida y una insistencia ciega a conseguir una reunión con el máximo ejecutivo de la IBM que a los pocos minutos le pareció poco confiable y al que le contó los problemas de uno de sus hijos con una de sus esposas.

Inventos e intentos, que se convertían luego en cuentos y anécdotas, la moneda de intercambio habitual de su vida. Mi abuelo que vivió escasamente de su pluma, pero sí con bastante holgura de su facultad de contar su vida en distintas casas y embajadas. Mi abuelo que como Eustaquio Arredondo, fue antes todo un narrador oral que necesitaba la retroalimentación de las damas y los ministros consejeros, para ir modificando, ampliando y disgregando los mismos cuentos. Mi abuelo que después de intentarlo de todos los modos posibles, encontró entonces en la diplomacia—Buenos Aires, Perú, México, Barcelona (aunque viviendo el Bilbao) y Bariloche—un modo de vivir del cuento.

La imagen de mi abuelo, tan parecido a Fernando Rey, tan impreso de una altivez hispánica que una sonrisa dulce de pronto liquidificaba que no podía dejar de recordarme el mundo del Quijote, otro que logró salvarse contando su historia en salones, aunque sin entender de que se reían los señores. Coleccionista de tinteros, máquinas fotográficas antiguas, cuadros de Kochohinsky—un pintor polaco que convirtió en argentino—mi abuelo que era como Alonso Quijano un personaje de transición entre dos mundos. Un hombre que no se enamoró de los libros que leía, como el viejo hidalgo manchego, sino de los que escribía, sus fantasías metafísicas, la nueva Eva que era un robot.

Cuerdo sin embargo, terriblemente cuerdo mi abuelo gracias en gran parte a su horror a la locura. Mi abuelo y Eustaquio—su alter ego—que nunca se atrevieron a desobedecer, congelado por un miedo anterior a todo. El miedo a la locura en el caso de mi abuelo, esa que vió con perfecta nitidez trepar por las venas de su madre, Clementina Gómez, obsesionada con enseñarle inglés a las empleadas

en el bus, bañar en tina a los novios de sus hijas y servirle en una misma cacerola todo mezclado el desayuno, el almuerzo, el té y la comida a su hijo Jorge. La madre que obligó, por amor a la ópera y odio al campo, a su marido agricultor a abandonar sus tierras. La madre que vio en sueño la capa de Armiño del Papa y decidió no creer más en dios. La madre llena de miedos propios e irrepetibles que en el “Caracol y la diosa”, la novela de ciencia ficción con que mi abuelo pensaba que entraba en serio en “la literatura de verdad”, encierra a su hijo en el closet para que no lo llamen a pelear en la tercera guerra mundial.

Enrique Araya que conocía todos los grados y forma del miedo, metafísico, físico, humano y animal, nos prohibía a sus nietos acercarse a la playa de la Isla Negra—donde compró una casa—por si un tsunami nos llevaba, que llevaba debajo de la camisa y el pantalón una verdadera armadura de cobre que lo protegía según él de cualquier enfermedad. Ese miedo tan vivo a la muerte que es la base misma de su humor. La luna, el planeta de los sueños y los soñadores que es también una gigantesca calavera fosforescente donde nada crece o vive. La luna que es también en ese sentido la tierra de Eustaquio Arredondo, el mundo de los muertos y los muertos, esa melancolía incomprensible que lo lleva a cavar sin sentido ni fondo un agujero en la tierra.

Pícaro que se respete logró ser el caballero que Eustaquio Arredondo logra sólo en parte ser. Creo que esta es la novela que no se atrevió a contar pero que si siguiere en “La otra cara de la Luna”, la conquista de la tierra que ese, que finalmente debe ser una de las cabezas más prácticas y prósperas de mi familia, logró alcanzar. No a cualquier costo, no a cualquier precio, sospecho que es la razón misma de su silencio. Educado en el falso rigor chileno--de origen tristemente hispánico--no podía pensar que se pudiese escribir algo valioso sin que costara esfuerzos heroicos. “La luna era mi tierra”, no le costó, por eso nunca entendió su éxito. La novela era al comienzo sólo un diario de vida. Su hermano Alberto lo convenció que lo publicara cambiando apenas los nombres de los personajes reales involucrado. Contaba su hasta entonces banal destino. Casado, padre de siete hijos, esperando otro, viviendo a dura pena de un sueldo de empleado de impuestos internos. Ahora que lo pienso la historia daba para escribir un drama terrible. Le impidió caer en el patetismo su irresistible coquetería. Una coquetería que es quizás una forma de pudor. El escritor de humor puede ser tan egocéntrico como el otro, pero concibe quizás la idea que debe, a cambio de la atención en sus problemas mínimos, divertir. Cioran o Pascal quizás por lo mismo escribían en aforismo, por el sacro santo, y creo muy metafísico temor de latear. El humorista es el escritor que no se concede derechos sagrados, es David y nunca Goliat. Sabe que si no es preciso morirá aplastado. Mi abuelo no fue Kant o Hegel porque no se sintió nunca con el derecho de interrumpir la vida de los lectores e imponerle sus pensamientos sin dar nada a cambio.

—Saquen ese niño de aquí--le ordenaba a mi madre de miedo de que le copiara su idea de novela, siempre tan geniales esas ideas que era innecesario--y peligroso-- escribirla. Nunca le importó el estilo, el punto de vista, sólo el argumento. Le interesaba ser el primero no el mejor. Para él las dos cosas eran la misma. Como Stendhal pensaba en cada libro como un billete de lotería. Ser escritor para mi abuelo era solo una transición para llegar a la más lucrativa profesión de profeta. De ahí su interés permanente en el ocultismo y la ciencia ficción.

Metódicamente paranoico, vivía consultando sobrinos abogados para ver la posibilidad de querellarse contra Jackson Pollock que le copió la técnica del dripping--porque mi abuelo, seguro de su genialidad en todos los campos, también pintaba--y Federico Fellini que según él usó una traducción al italiano--que nunca se publicó--de “La luna era mi tierra” para filmar “Amacord”. ¿Cuándo y cómo mi abuelo se convirtió en ese personaje del que él había amado burlarse, el señor que quiere querellarse con todo el mundo? ¿Cómo no escribió sobre todo eso, sus amantes, sus amigos diplomáticos--porque la bondadosa política chilena lo convirtió de pronto en cónsul casi vitalicio? ¿Cuándo y cómo mi abuelo empezó a tomarse en serio?.

Le faltó el hambre, pienso quizás. De hambre en el sentido más literal del término. Ese que es el gran alimento de todas las películas de Chaplin y sus gags que siempre giran en torno a pedazos de pan, salames, y corontas de maíz. Chaplin al que le unía cierto parecido físico y cuyo humor, lleno de torpezas calculadas, de ternura y miseria se parecía al humor de mi abuelo. Chaplin que se convirtió también en un viejo solemne obsesionado a la vez con reformar la humanidad y ser reconocido universalmente.

El humor es un género impaciente. ¿Pero qué cosa impaciente más que el hambre? A la hora de escribir la comedia necesita mucho más desesperación que la tragedia. El ingenio de mi abuelo creció mientras pedía préstamos y más préstamos a distintos gerentes de banco con “alma renacentista”. El hambre que como el humor da vuelta el guante--como pide Laurence Stern en Tristram Shandy--y hace exterior el forro interior. La necesidad que tiene cara de hereje, de ese hereje que es siempre el humorista. Judíos, Irlandeses, Italianos (después de la segunda guerra mundial sobre todo) ¿qué explica la persistencia del humor en esos pueblos a no ser la persistencia del hambre? Un hambre en sociedades y mundos saciados de alimentos, un hambre relativo, un hambre de cierta forma corregible, un hambre picaresco.

La picaresca. “El Pícaro García”, otro intento de mi abuelo de redorar sus blasones. Historias de su vida de funcionario de impuestos internos, cuentos y anécdotas que ensayaba una y otra vez en las fiestas y recepciones de la embajada de Chile en Buenos Aires en que trabajaba para ese entonces. ¿Qué hace un pícaro cuando logra a través del relato de sus miserias dejar la pobreza? Las

tragedias tienen que terminar mal, pero no es bueno que las comedias terminen demasiado bien. El hambre es cómico porque es común, la fama es ridícula porque es un privilegio. ¿Cómo explicaba mi abuelo de modo divertido su nueva tragedia, la de no ser tomado en serio, la de tener que ser a pesar suyo divertido?

Y sin embargo entre su pobreza de la “Luna era mi tierra”, y su riqueza de “Luz Negra”, entre su vida de funcionario de impuestos internos, y la de agregado cultural en la embajada de Argentina, había una tragedia, una de verdad, una con sangre, llanto y culpa. Justo después de publicar “La Luna era mi tierra” mi abuela, Inés Alemparte, murió en pleno parto de su octavo hijo. El niño sobrevivió. Los otros siete huérfanos, esperaban a mi abuelo en la casa preguntando:

“¿Qué pasó?” --¿Cómo responde un humorista a esa pregunta? Un humorista que es alguien que habla de gente que está a punto de morir y no mueren. Un humorista que tiene a cargo decirnos que la muerte no existe, o si existe no importa, y que si importa, importa menos que el hambre, el hambre que sólo la muerte interrumpe. Y ese niño recién nacido jugando sin madre con los botones de su abrigo, y los otros siete hambrientos en sus uniformes grises y sus cintas negras.

¿Qué podía hacer el humorista gentil, el funcionario divertido con el fervor de las damas católicas que querían consolarlo? ¿Cómo exiaba la culpa de no haber sido el marido impecable que todos suponía que había sido? ¿Cómo sobrellevaba al mismo tiempo ese existo tan nuevo como su viudez, la atención con que lo escuchaban algunos porque era divertido, otro para que era viudo?

Porque esa era quizás la paradoja que lo acalló, junto con el éxito vino la muerte, junto con su viudez la fama universal (es decir chilena) de ser un tipo divertido. ¿Cómo se enfrenta un humorista a su propia tragedia?--me pregunto yo que he sido preservado hasta ahora de ese espejo terrible. Como se enfrenta uno con una tragedia que coincide con exactitud casi milimétrica con el fin de la pobreza y el anonimato.

La luna era la tierra de mi abuelo porque la tierra no podía serlo del todo. Al morir su esposa, al quedar viudo adquirió a la fuerza Enrique Araya, un lugar en la tierra. Cabe la posibilidad que mi abuelo haya decidido morir también él. Cabe la posibilidad que el señor parecido a Fernando Rey que me obligaba a contarle las películas que estábamos viendo en sólo dos palabras (ni una más) no era el autor de “La Luna era mi tierra.” ¿Soy yo el autor de “Memorias Prematuras”?, quizás sólo un poco. El humor es un encuentro casual, una sorpresa, un equívoco que cuando se disuelve deja un lado las dos partes, mi abuelo, el caballero chileno a un lado, la gracias de su primer libro buscando otro cuerpo--quizás el mío--en que reencarnarse por un segundo.

Nadie puede esperar del humor ninguna fidelidad. Como todo lo que nos divierte, como todo lo que nos salva, como todo lo que nos importa, el humor está obligado a ponernos los cuernos. Esa fue la tragedia de mi abuelo, y la Swift, y la de Twain, la de tener una y otra vez con una sonrisa recibir halagos y saludos a la mujer que lo había hecho cornudo, que se había fugado con los años, con los libros, con la muerte misma. Pobre y triste tragedia de sainete, vivir como si siguiera perfectamente casado con la que se fue, con la que no volverá, la terrible, la desgraciada gracia que siempre se va con otro.



Pablo Neruda y Enrique Araya.

Enrique Araya (1912 – 1994), escritor y diplomático de carrera, escribió una decena de libros. Se destaca su trilogía compuesta por *La Luna era mi tierra*, editada el año 1948 y ganadora del Premio Municipal de Novela; *La otra cara de la Luna*; y *Siempre en la Luna*, de 1986. Aparte de la trilogía mencionada, es autor de *El caracol y la diosa*, *El día menos pensado*, *La tarjeta de Dios*, *Gerardo o los amores de una solterona*, *El inútil Hipólito Jara*, *Francia*, *Luz negra*, *Un laberinto de amor y de arena* y *Crimen de cuarto cerrado*. También incursionó en el teatro con *El vendedor de palacios*. Ingresó al Ministerio de Relaciones Exteriores en 1957 y se desempeñó en diversas representaciones diplomáticas, como Bilbao, México, Lima, Bariloche y Buenos Aires. Dejó la Cancillería en julio de 1977.

PINCELADAS ÍNTIMAS

*Martín Donoso*¹⁸

José Donoso es considerado algo así como un escritor “extremo” para emplear una palabra de moda. Una persona para quien la literatura no solo era el corazón sino las vísceras de su vida. Yo diría que todo lo que hizo, cada instante que vivió, fue determinado y sacrificado por y para aquélla. La literatura fue no solo su musa, sino su madre, una madre-mujer-diosa, elegida además, pues vivió la escritura de manera atávica, amorosa y me atrevo a decir fisiológica. Esto lo manifestó hasta en los instantes previos a su dolorosa muerte, al pedir a su hija Pilar que le leyera versos de Huidobro.

Es en el ámbito de esa aproximación al escribir que el tema familiar fue para él una de sus motivaciones literarias más determinantes. Y muy temprano me hizo comprender la relación -diría yo “carnal” - que existe entre vivencias familiares y los procesos creativos relevantes. El libro “Conjeturas sobre la Memoria de mi Tribu” expone parte de sus motivaciones, de ahí que resulta indispensable leerlo para comprender bien su obra mayor: el corrosivo y delirante “Obsceno Pájaro de la Noche”.

La familia ocupó siempre un lugar importante en nuestras conversaciones. Me contaba las anécdotas desde la mera crónica hasta los puntos mal conocidos de la verdad “histórica” con situaciones semi - imaginadas o que él habría deseado se hubieran producido. Lo abordó siempre con humor irónico, contextualizando sus relatos con dosis de esteticismo, insidiosa mordacidad, para así motivar integralmente mi imaginación efébrica. Jugábamos durante horas a imaginar las culpas, los rencores, las frustraciones que podrían haber inducido a esta joven aristocrática de provincia a tomar tal determinación. ¿Tal vez un amor prohibido, una fuga, una liberación? Las respuestas a estas interrogantes - si, en plural - las abordó en forma de propuestas de estructuralismo literario en su libro “Conjeturas...”.

Conversábamos mucho también de su madre, mi queridísima abuela Tití, tan sensible y conmovedora, cuyo enamoramiento platónico con un presidiario había inspirado el libro “Este Domingo”. Ella nos había transmitido la pasión por lo antiguo y la memoria, por el paisajismo, pero también la visión y el sentimiento de la marginalidad. Mi tío me hablaba largamente de la “herida existencial interna” de su madre, producto de su origen social en parte “advenedizo”, un poco ambiguo, pero excéntrico, y de cómo le había alimentado la imaginación y sobre todo la creatividad.

¹⁸ *Consejero del Servicio Exterior.*

La realidad cotidiana tenía muy poco de eso, de rutina, pues mi tío, con el egocentrismo y sensibilidad propias del escritor compulsivo que era, nos hacía sufrir los efectos de sus altibajos creativos, involucrándonos en ellos en forma motivante y también traumática. Vivir con él podía ser bastante intenso.

Mi relación con Pepe no estuvo acentuada en lo intelectual, sino en lo lúdico. Me decía que cuando mejor nos comunicábamos era cuando intercambiábamos ideas para redecorar la casa o pensábamos en algún nuevo diseño para el jardín. Mientras elegíamos plantas, me contaba cómo y por qué se combinaban de tal o cual manera los colores de las flores en la Villa Borghese o Tsarkoié-Selo, cuando hablábamos de estilos me contaba en que podría haber pensado Gaudí al diseñar el Parque Güell. Me gusta pensar que valoraba mi punto de vista estético. Recuerdo la felicidad que sentí cuando coincidimos en la decisión de plantar bambúceas y flor de la pluma en el jardín de la casa que compró al regresar de España.

Nuestro parecido físico influía además para que esta comunicación fuera aún más cercana. Todos decían que me parecía mucho más a él que a mi atlético padre, lo que no siempre me gustaba. En una ocasión llegó a decirme que mi hermana Claudia y yo éramos como sus hermanos menores, pues también habíamos sido criados por sus padres, y por la adorada nana Teresa, que entregó su vida a 4 generaciones de nuestra familia. Quizás todos estos denominadores comunes e hacían que, en oportunidades, mi tío y yo nos adivináramos el pensamiento, pero en otras su proyección psicológica lograba ser demoledora y hasta cruelmente certera al momento de subrayar mis defectos de carácter o mis confusiones de “adolescente tardío”. Compartíamos pulsiones “paranoicas” e inseguridad física, pero también una infinita complicidad en materia estética y sentido del humor, cuya trascendencia siempre estimuló. “Hemos crecido bajo los mismos árboles”, repetía.

Esta complicidad se consolidó durante los años que pasamos en Cataluña, cuando me recibieron con los brazos abiertos luego de la muerte de mis abuelos. Durante los duros años de dictadura militar en Chile, mi padre, que había trabajado cercanamente con el Presidente Allende, vivía exiliado en Angola, país donde las incertidumbres de la guerra civil hacían impensable que le acompañara. Mis tíos vivían en Sitges y yo estudiaba en Barcelona. Hacía muy poco que había muerto Franco y toda España estaba efervescente.

Además de estar muy conectado con el mundo cultural catalán y su “movida” intelectual, Pepe conocía Barcelona como nadie. La historia de cada casa del Ensanche, la Barceloneta, la plaza Real, los bares el “Zelete” y “la Paloma”. Las veladas musicales en el Teatro de Liceo - antes de que se incendiara- las callejuelas del barrio Gótico o en el fantástico Palau de la Música Catalana de Domenech y Montaner llenaron de inolvidable placer mi adolescencia.

Eran frecuentes las estadias en Calaceite, pueblo medioeval cercano al Valle del Ebro, en el Bajo Aragón, donde José Donoso se inspiró para escribir la novela “Casa de Campo”.

Creo que uno de los momentos inolvidables de mi relación con José Donoso fue durante estos paseos por los campos aledaños de los pueblos de Beceite y Valderrobles. Allí, en medio del paisaje, me explicaba como Picasso, invitado por su amigo Sabartés a la zona, tiene – cual Buddha- sus primeras “iluminaciones” o “revelaciones” cubistas al contemplar las volumetrías rocosas y los increíbles matices cromáticos propios de esos contornos. Otro tanto, fueron sus anécdotas con Luis Buñuel, con quien compartió no pocos paralelismos temáticos.

Esta comunicación espiritual-visceral continuó casi siempre así. Cuando regresamos a Chile, fue del todo natural que siguiera viviendo en su casa. Compartir la cotidianeidad con él, María del Pilar y Pilarcita configuraba lo más parecido a la familia ideal que pudiera imaginar. Allí presencié el reencuentro con las vertientes de la infancia del escritor, con sus asignaturas pendientes, atavismos, inseguridades y el intenso cuestionamiento que provoca lo propio. El regreso a Ítaca, como bien sabemos los diplomáticos, no siempre es tarea fácil.

En esa etapa chilena, sentí vivir tan de cerca los procesos creativos de varias de sus novelas y su forma sutil pero poderosa de nutrir las referencias, estimular el intelecto de quienes trataban de hacer lo posible por iluminar un poco la medianoche en la que se encontraba el país. Así nació la novela “La Desesperanza”. Con esa palabra, no solo intentaba retratar el estado espiritual que vivía el país, sino que tenía la categoría de “mantra espejo”, como decía mi tío, que obligaba a las autoridades de la época a contemplarse a si mismas. Fue a través de lo que mejor hacía, la literatura, que enfrentó el poder de facto y, probablemente, la razón por la cual fue arrestado y violentado por una noche en la isla de Chiloé, poco después de la publicación del libro. Su compromiso con la literatura y la necesidad de “pasar la antorcha” quedó en evidencia cuando a instancias del Cardenal Raúl Silva Henríquez, crea un taller literario, del cual salieron los escritores más destacados de la generación que siguió.

Pero mi tío José también se preocupaba de nosotros: Su hija y sobrinos, en cuanto a estimularnos y presentarnos siempre nuevos referentes humorísticos, valóricos, estéticos y emotivos. “Hay que ser cosmopolitas como Proust, que casi no viajó físicamente sino emotiva e imaginativamente” nos decía. Todo lo que se relacionara con nosotros le interesaba grandemente. En mi caso en particular, cuando ingresé a la Academia Diplomática “Andrés Bello”, me indicó que iniciaba una actividad en la que “se nace y se muere muchas veces en una sola vida” por lo cual “el cordón umbilical con la tierra y el mundo de la imaginación, del cual pocos tienen conciencia, debes considerarlo siempre, pues es allí, y no en lo dogmático, donde se nutre lo relevante para el espíritu”.

Me hablaba siempre de cómo personas como Pablo Neruda, Violeta Parra, Gonzalo Rojas o el arquitecto Sergio Larraín García-Moreno habían “inventado Chile”, con el relato que habían insuflado al país tanto en el plano de la literatura, de la arquitectura o en lo relativo al concepto de “paisaje cultural”. Adoraba citar la bella frase del escritor británico Lawrence Durrell, en el sentido de que “cada hombre es hijo de su paisaje”.

“Espero orientes tu profesión también desde el punto de vista de ese relato, que es necesario mantener y desarrollar, vinculándolo con la memoria colectiva, el espíritu republicano, la escala humana, el paisaje, la emoción y todo aquello que no es posible reducir a dígitos”. “De verdad creo que hace falta leer más a Cavafis, Mistral y Rilke”

Su muerte me sorprendió en Túnez. Acompañado de mi amigo y colega tunecino Khalil Tazarki -quien seguiría después el curso para diplomáticos extranjeros de ACADE- caminamos toda la tarde por la hermosa colina de Montfleury, llena de evocadoras casas, con jardines de buganvillas, naranjos aromáticos, jazmines y la más bella vista a los minaretes de la Medina. Recorrimos ese vecindario imaginando las vidas de sus moradores, como lo habría hecho mi tío. El cielo estaba diáfano y como siempre a últimas horas de la tarde, extensas bandadas de pájaros configuraban en lo alto “escritos” que me recordaron la caligrafía árabe. Quise creer que volaban así a propósito, para despedir con más belleza e intención ese día que ya se iba.



José Donoso Yáñez; María Pilar Serrano de Donoso; Pilar Donoso Serrano (autora de “Correr el Tupido Velo”); su marido, Cristóbal Donoso Larraín. En brazos de Cristóbal, Clara Donoso Donoso Abajo, tapándose la cara con un cachorro, Natalia Donoso Donoso (ambas hijas de Cristóbal y Pilar).

RECUERDOS DE JAIME LASO JARPA

*Jorge Edwards*¹⁹



Jaime Laso Jarpa.

El padre de Jaime, el general Olegario Laso Baeza, autor de cuentos militares, obligaba a sus hijos a estudiar a Guy de Maupassant y a ejercitarse en el extraño ejercicio de escribir cuentos.

Cuando conocí a Jaime, era fanático de Albert Camus y escribía una novela sobre los infiernos burocráticos, “El cepo”. Había una conexión subterránea entre “El cepo” y “La peste”. Jaime partió destinado a Haití, como Encargado de Negocios. A su regreso, lo visité en su casa, un día en que estaba agripado, y lo encontré en su cama, con la cabeza envuelta en una toalla caliente, leyendo un libro de prosas patrióticas del presidente Francois Duvalier. Me dijo con la mayor seriedad que Duvalier le había lanzado maldiciones del vudú y que estaba preocupado.

¹⁹ *Escritor y embajador de Chile en Francia.
Premio Nacional de Literatura y Premio Cervantes.*

Tres o cuatro días más tarde, su mujer me llamó para decirme que se había quedado muerto en el sueño.

Jaime era entusiasta, enérgico, apasionado, narrador oral notable, y cuando contaba sus historias, de pie, a la salida, por ejemplo, del Café Haití, agarraba algo parecido a un balanceo. Era tierno y a la vez astuto, pero tenía cierta dosis de ingenuidad. Nos saltábamos el almuerzo del Ministerio y nos encerrábamos en la oficina a escribir. Él tenía la manía de cambiarle el nombre a todo el mundo. Hablaba de Camusito (Camus), de Sartrito (Sartre), de Lafourmi (Lafourcade), de PP Don Osso. Podíamos conversar durante largas horas. perder el tiempo con él era una buena forma de ganar el tiempo, o de engañar al tiempo. Trabajábamos en la Dirección Política, a las órdenes de don Julio Riethmüller, en compañía de Jorge Berguño y de Roberto Otaegui. No sé si ese ministerio era más eficiente que el actual, pero era mucho más divertido.

Víctor Jorge Jaime Laso Jarpa, nació en Alicante, España el 19 de enero de 1926. Diplomático y escritor, ingresó al Ministerio de Relaciones Exteriores el 10 de agosto de 1958, prestó servicios en las representaciones de Chile en Ushuaia (1964), Puerto Príncipe (1965) y Washington D.C.(1968). Como escritor, consiguió el Premio Municipal de Santiago en dos ocasiones. Escribió las novelas El Cepo (1958), El acantilado (1962) y Black and blanc (póstuma, 1970). Falleció en diciembre de 1969.

CULTURA, LITERATURA Y DIPLOMACIA

*Arturo Navarro*²⁰

Aunque cultura ni relaciones internacionales ocupan lugares destacados en las agendas políticas nacionales, la primera está, de hecho, pausadamente ocupando parte de la agenda internacional chilena. Desde que dejamos de ser un país susceptible de recibir cooperación internacional, debido a nuestros índices económicos, algunos extranjeros nos miran con otros ojos en este campo: somos aliados posibles en propuestas comunes más que aceptantes pasivos de cooperación.

El escritor Roberto Ampuero ha planteado que “Chile no existe” en el mundo, debido a tres factores: “la carencia de un cuento, mega relato o epopeya que cautive; una impericia para proyectar afuera a un país generador de una cultura que vale la pena conocer y visitar, y creer que bastan buenos resultados económicos para crear una imagen positiva”.

Se podría profundizar –literalmente- la idea con el pozo virtual hacia lo que creímos eran nuestras antípodas, instalado en nuestro pabellón de la Expo Shanghai donde recibimos un bochornoso comentario de un visitante chino extrañado por aquello pues siempre les enseñaron que sus antípodas estaban ¡en México! Más acertado parece ahora el polémico iceberg de Sevilla dónde pudimos apreciar al menos a un perplejo visitante afirmando “parece ser hielo”.

Sin embargo, no tenemos más alternativa que ponernos en campaña para elaborar, simultáneamente, nuestro relato y cautivar al mundo para que conozca nuestra cultura. Sabiendo que la imagen de un país se construye a partir de sus raíces –no sólo las de las vides, olivos y frutales, como creen algunos- y en sus procesos más que en sucesos aislados.

Como ejemplos señeros de esta diplomacia cultural, analizaré cuatro casos.

Un Sueño Americano

Una de las primeras muestras de capacidad para vincular diplomacia y cultura surgió ante el desafío de organizar la Segunda Cumbre de las Américas. Entonces nuestro país agregó y asumió con entusiasmo una propuesta novedosa: la realización de una muestra cultural que acompañara a la reunión de abril de 1988.

²⁰ Director Centro Cultural Estación Mapocho y Profesor Academia Diplomática “Andrés Bello”.

El concepto original de la llamada Expo Cumbre surgió del deseo de acercar la Segunda Cumbre de las Américas a la ciudadanía y se sintetizó en el lema: “Yo participo en la Cumbre, a través de la cultura”. El “regalo” de los mandatarios extranjeros que nos visitaron, permitió que no sean sólo los medios de comunicación quienes aproximen esta nueva Cumbre a los pueblos de los países participantes a través de sus informaciones, sino que también los habitantes del país sede, que la tienen a escasos metros de distancia, pudieron conocer más de las naciones visitantes y de su cultura.

La voluntad del Presidente Eduardo Frei fue que los chilenos puedan participar de la Cumbre a través de la cultura: “Hemos querido así abrir un espacio a la participación de todos. Creemos que, más allá de los acuerdos alcanzados entre los gobiernos, más allá de la multiplicación de los intercambios comerciales, más allá de las iniciativas de integración física que recorren toda nuestra región, nuestros pueblos están llamados a una amistad profunda y duradera, que se funda, sobre todo, en el conocimiento mutuo. Eso es lo que pretende, esta muestra: que los chilenos, como anfitriones de esta cita, podamos conocer quiénes y cómo son los habitantes del resto del continente; y que las delegaciones que nos visitan puedan también apreciar una muestra de lo que es nuestra cultura” (Discurso Inaugural Expo Cumbre, Centro Cultural Estación Mapocho lunes 13 de abril de 1998).

Cuando los amigos se reúnen informalmente en casa de uno de ellos, los demás, llevan algo que los identifique o sea del gusto colectivo: chocolates, vino, flores, caramelos, licores... Planteamos entonces a los Gobernantes, a través de sus Embajadores, que traigan junto con ellos la manifestación cultural que más los identifique o represente en esta reunión. Pero, el amigo que los recibe también engalana su casa y se prepara para acogerlos: un ambiente grato, buena comida, recuerdos familiares, objetos de arte y artesanías sobre las mesas, una recepción cordial.

De este modo, el Centro Cultural Estación Mapocho desplegó sus edificios laterales como dos gigantescos espacios que abrazan a las manifestaciones extranjeras, conteniendo expresiones patrimoniales, artesanales, literarias y gastronómicas. Y que su hall de acceso contendrá contuvo una muestra de Chile, el “dueño de casa”. La gran nave, espacio principal del Centro, fue el lugar de acogida de las manifestaciones extranjeras que pudieron mostrarse en un gran escenario o en exposiciones plásticas, patrimoniales o artesanales. Alrededor de doscientos mil visitantes en cuatro días dieron muestra de lo acertado de la decisión chilena.

Las Letras de España

Otro caso fue lo que aconteció para Letras de España, en marzo de 1993, una excepcional muestra de libros españoles que dejó la duda, ¿le tuvimos envidia o fue un estímulo? El gobierno de Felipe González celebraba los 25 años de la caída del franquismo y quería celebrar además la instalación de la democracia en Chile. La gran empresa de Letras de España era sencillamente traer una muestra de todo lo publicado entre las dos caídas, la de Franco y de Pinochet. Unos ocho mil títulos. Acompañados de doce escritores que recorrerían universidades del interior del país, enmarcados en un pabellón, que costó un millón de dólares, instalado en la Plaza de la Cultura y el Hall Emilio Jecquier, pues todo lo demás eran obras. El pabellón contenía una sala de vídeos, otra de conferencias, una tasca y seis enormes mesas redondas, cada una correspondiente a una de las cúpulas del hall de la estación, donde se podía hojear los ejemplares, sin limitación alguna. Para su inauguración vino el Ministro de Cultura del gobierno de González, Jordi Solé Tura, quién arribaba luego de una agotadora gira por el medio oriente. La premura jugó una mala pasada al Ministro Solé Tura; en el solemne discurso inaugural de la muestra, ofreció al pueblo de Egipto (sic) este gran esfuerzo cultural. No reparó en el error, seguramente del computador. Pero sí el público que se miraba incrédulo. La desazón pasó cuando el locutor, al finalizar la intervención ministerial, miró hacia el enorme montaje y dijo: “Efectivamente esto ha sido una obra como las pirámides”.

Los preparativos de esa monumental visita los encabezó Federico Ibáñez, Director del Libro de España, a quién se ofreció, junto a su equipo, en diciembre del año anterior, un almuerzo en el Hall Emilio Jecquier en gratitud por lo que vendría. Ignorantes, los organizadores idearon para amenizar la reunión un grupo de estudiantinas, “¡tunas!”. Federico se mostró incómodo desde su ingreso. – Es que en España, estos grupos simbolizan al franquismo... El recital fue breve, pero se hizo eterno. Y los representantes del gobierno socialista no lo disfrutaron precisamente.

Lo que quedó es que el gobierno español reconoció a la naciente democracia chilena, a través de una gran muestra literaria que había estado poco antes en las ferias de Frankfurt y Bogotá en un montaje espectacular en la Plaza de la Cultura y el Hall del Centro Cultural Estación Mapocho, tanto que uno de los escritores se equivocó de puerta de acceso e ingresó por el costado de Balmaceda. Se topó con hoyo gigantesco y camiones moviendo tierra dentro de la nave central. Espontáneamente exclamó: - ¡Pero hombre, esto no va a estar listo para mañana!

La Visita de la Nobel

La única Premio Nobel de Literatura que ha visitado la Feria del Libro de Santiago en su historia es la sudafricana Nadine Gordimer, en 1998.



Nadine Gordimer.

Formaba parte de un ambiciosos programa ideado por Ariel Dorfman y el embajador de Chile en Sudáfrica, Jorge Heine, llamado “Escribiendo el Sur Profundo”. Escritores de Chile, Australia y Sudáfrica se reunieron durante la feria a dialogar y debatir, dejando un texto común del mismo nombre que fuera publicado por el sello El Mercurio/Revista de Libros.

Dicho coloquio reunió por primera vez a prominentes escritores de cada uno de los tres países claves del Sur Profundo: Peter Carey, Helen Garner y Roberta Sykes de Australia; André Brink, Nadine Gordimer, Zakes Mda y Mongane Wally Serote de Sudáfrica; y Ariel Dorfman y Antonio Skármeta de Chile. El propósito de estos autores, junto con los escritores chilenos Ana María del Río, Andrea Maturana, Jaime Collyer y Arturo Fontaine, fue explorar la temática del Sur Profundo y el significado de la creatividad literaria en el mundo actual. A los escritores visitantes se les dio la oportunidad de presentar sus obras al público lector del país anfitrión.

En el Prólogo del libro, el Embajador señala: Habiendo establecido un núcleo de autores de Australia, Chile y Sudáfrica con una reputación establecida en el mundo de habla inglesa y dispuestos a examinar en alguna profundidad la interacción entre literatura y sociedad en el Sur Profundo a fines del siglo XX, se

fijó el doble propósito de la conferencia: por una parte, explorar la temática del Sur Profundo y el significado de la creatividad literaria en el Sur hoy; por otra, familiarizar al público chileno con la obra de los autores visitantes, tarea en la cual los escritores locales desempeñarían un papel intermediador crítico. Fue en este contexto que Nadine Gordimer, en una de varias reuniones sostenidas en su agradable residencia en una arbolada calle de Parktown West en Johannesburgo en agosto de 1997, me sugirió publicar una antología narrativa con ocasión de la conferencia. “Hay tantas conferencias”, me dijo, “y de tan pocas queda un legado permanente. Tratemos de hacer algo distinto esta vez. Y que no sea algo que se publique después, sino que antes del encuentro, a objeto que el público tenga algo en la mano mientras asiste a las deliberaciones”. El encuentro y el nivel de sus participantes no han sido superados en la historia de la feria.

Países Invitados de Honor

El 2003, la feria del libro de Santiago inició la tradición de tener Países Invitados de Honor. El primero fue un grupo de naciones: la Comunidad Económica Europea, le siguieron México (2004), España (2005), Perú (2006), Brasil (2007), Colombia (2008), Argentina (2009), Chile (2010), Bolivia (2011) y Ecuador (2012), con resultados disímiles.

Una de las visitas más populares fue Perú. Centenares de peruanos residentes asomaban de los edificios vecinos al CCEM durante la ceremonia de inauguración, para escuchar a su Canciller Alan Wagner. La participación de Perú como País Invitado de Honor, se materializó con la presencia de más de 25 autores, entre ellos el ganador del premio Alfaguara 2006, Santiago Roncagliolo; el ganador del Premio Iberoamericano José Donoso 2004, Antonio Cisneros; y el Premio Herralde 2005, Alonso Cueto. Asimismo El Perú ofreció un ciclo de cine de primer nivel y tres exposiciones permanentes: “Perú Libro de Artista”; “Perú Patrimonio del Mundo” y “Arte Popular del Perú”.

Más adelante estuvo Argentina, cuando la Presidenta Cristina Kirchner estuvo en Chile y en Antofagasta, en 2009, sin estarlo... Argentina era el País Invitado de Honor a la feria del libro y la Presidenta decidió venir a la inauguración. La recibió otra Presidenta –Michelle Bachelet– y ambas salieron a recorrer la muestra luego de la ceremonia. La aglomeración era tal, un enjambre de cámaras, agentes de seguridad, público general, editores interesados en regalarles sus producciones y simples lectores que no querían perderse la fotografía con dos mandatarias las obligaron a refugiarse en el stand que parecía más sólido. Se trataba de la presentación de la región de Antofagasta, con gran despliegue de gráficos de faenas mineras y creaciones culturales de la zona pero, con varios desniveles internos. Con la anuencia de sus guardias las mandatarias, hicieron un breve recorrido “por el desierto” hasta que la presión popular por acercarse a ellas amainara y luego salieron airoas del asedio masivo.

Bolivia fue Invitado de honor en 2011, vino la poderosa y centenaria Diablada de Oruro, digna representante del Estado Plurinacional de Bolivia, representado por su el Vice Ministro del Ministerio de Culturas del país vecino, que llenó de música y colores la ceremonia inicial. Inevitable fue recordar dos antecedentes de la presencia boliviana en Santiago: sendas muestras llamadas Bolivia, la magia de su diversidad, en la década de los 90, que repletaron de danzas, artesanía, platería y pintura colonial al Centro cultural Estación Mapocho, bajo la entusiasta organización del Cónsul General Herman Antelo que representaba al gobierno del Presidente Gonzalo Sánchez de Losada, quien se ocupó de que su esposa inaugurara una de las muestras y su Vice presidente la otra.

COMENTARIO DE LIBROS

“La Última Paciencia”. Política internacional del gobierno del Presidente Aylwin. Enrique Silva Cimma, Santiago: Pequeño Dios Editores, 2012.



Presentación del Ministro de Relaciones Exteriores, Alfredo Moreno en la Academia Diplomática “Andrés Bello”, el 25 de octubre de 2012.

“Sin duda, a don Enrique, y al ex presidente Patricio Aylwin, quien hoy nos acompaña, les correspondió dirigir la política internacional de Chile en un momento privilegiado.

Ambos jugaron papeles cruciales en esta nueva etapa. A don Patricio le tocó conducir la política exterior en esos años, mientras que a don Enrique Silva Cimma, le correspondió su ejecución, como Ministro de Relaciones Exteriores.

Poco tiempo atrás don Enrique me invitó a que ofreciera unas palabras durante el lanzamiento de sus memorias, previsto originalmente para el 19 de julio, a lo cual accedí sin dudar. Acepté no sólo por su gravitación en nuestra historia reciente, sino también por el respeto que me causó su persona después de compartir varias jornadas en el Comité Asesor de ex Cancilleres. Allí pude comprobar la prudencia y moderación de sus opiniones, privilegiando siempre los intereses permanentes y la unidad del país por sobre la coyuntura.

“La Última Paciencia” aborda el proceso de reinserción de Chile en el ámbito internacional, luego de un extenso período de aislamiento a consecuencia de la interrupción de nuestro sistema democrático el año 1973. La transición desde una Cancillería originada en un gobierno militar a uno civil y democrático no era una tarea exenta de dificultades. Por ello, seguramente, tal tarea fue confiada a un servidor público de destacada trayectoria, con férreas convicciones en nuestra institucionalidad republicana y en los derechos humanos.

Don Enrique asumió con tesón la misión de reinsertar a Chile en la escena internacional, llevando a todos los continentes el mensaje esperanzador de un país que retornaba a la vida democrática.

Leer sus memorias nos hace evidente que los grandes objetivos y prioridades del Ministerio de Relaciones Exteriores permanecen en el tiempo. Tal como ayer, los países vecinos son la principal prioridad de la política exterior; tal como ayer, nos esforzamos por ampliar los lazos con todos los países del mundo y alimentamos una política exportadora que ha sido el gran motor de la economía desde hace décadas; tal como ayer, hoy es vital apoyar la formación de diplomáticos de primer nivel que nos representen; tal como ayer, participamos activamente en el sistema multilateral; ya en ese entonces, el Asia Pacífico asomaba como un gran actor político y económico en la escena mundial; y si en aquel tiempo se dieron los primeros pasos y Chile se incorporó a la APEC, hoy nuestra densa red de tratados de libre comercio, embajadas y consulados reflejan el apoyo institucional que el país da a un intercambio cada vez más floreciente y significativo.

A don Patricio y a don Enrique les correspondió, a través de las múltiples visitas que hicieron a otros países, inaugurar el concepto de “diplomacia presidencial”. Cuánto más fácil y expedito es avanzar en la consolidación de relaciones bilaterales y regionales cuando las máximas autoridades de cada país encabezan el diálogo y la negociación. Hoy esto es parte de la rutina habitual de las autoridades; las diversas cumbres y las giras a países determinados han llegado a tener una significativa importancia y los contactos personales son cosa del día a día.

Y así como don Enrique cuenta acerca de la incorporación de Chile al Grupo de Río, hoy vemos que aquella y otras organizaciones multilaterales confluyeron en la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, de alcance mucho más amplio. Nos enorgullece que la primera Presidencia Pro Tempore de la CELAC haya recaído precisamente en Chile, el país que en 1990 inició aceleradamente su reincorporación a la comunidad internacional.

Porque este libro de memorias no solo nos muestra la continuidad en las grandes prioridades, sino también como han cambiado el mundo y el país en algo más de dos décadas. Sorprende comprobar que avances tecnológicos que hoy son de uso común, y que progresivamente están convergiendo hacia dispositivos multimedia mucho más versátiles, hace tan pocos años eran o bien de uso muy restringido o bien recién en vías de implementarse.

Evidentemente, esto repercute en el ejercicio de la diplomacia. No sólo la tecnología avanza rápido, también las sociedades y los mapas de influencias y de poder, y tenemos que estar preparados para ir siempre un paso más adelante.

En 1990 se restableció la democracia en Chile, pero pocos meses antes, en noviembre de 1989, había caído el Muro de Berlín, punto de partida para la posterior disolución de la Unión Soviética. La Comunidad Económica Europea era una versión más pequeña y restringida en sus funciones de lo que hoy es la Unión Europea, una muy exitosa iniciativa de integración a pesar de la crisis que está sufriendo en la época presente.

En fin, podríamos citar tantos hechos y acontecimientos más. Lo importante es que don Patricio y don Enrique fueron pioneros en más de un sentido. Recorrieron el mundo porque Chile quería recuperar su lugar de prestigio entre las naciones, pero también sentaron las bases para avanzar hacia una integración política, económica y social como no la podíamos imaginar en esos años.

En tal sentido, y tal como él destaca en su libro, Chile fue de los primeros en establecer acuerdos de complementación en materia económica, política y sobre todo cultural con México, Venezuela, Argentina y Brasil, entre otros.

Del mismo modo, el firme compromiso del gobierno de don Patricio y de su Canciller en la defensa y promoción de los derechos humanos confirmó a la comunidad internacional que el país había cambiado y que había quedado atrás una época de duros enfrentamientos entre los chilenos. El reconocimiento de la recuperación de las tradiciones democráticas fue una pieza fundamental, dice don Enrique, para «nuestra re inserción en los sistemas democráticos mundiales». Pero fue más allá, y señala en su libro: “desde allí y para adelante, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, y la defensa esencial de los Derechos Humanos sería para Chile una política prioritaria...defenderemos siempre esos principios”.

Debo decir que nos sentimos herederos y ejecutores de esa política y de esa promesa, y hemos mantenido la defensa de los Derechos Humanos como elemento central de nuestra política exterior.

Quiero concluir agradeciendo a quienes me antecedieron en la presentación del libro, el ex presidente Aylwin, y a don Luis Riveros. Sus palabras, que vienen de personas que estuvieron mucho más cerca de don Enrique Silva Cimma en su larga y fructífera vida, han sido un testimonio de aprecio y de gratitud.

Agradecer a la familia de don Enrique, por haber elegido como sede para este acto a nuestra querida Academia Diplomática, que, como revelan sus escritos, fue quien recibió el encargo de recuperar el nivel de relevancia de nuestra política exterior para esta nueva etapa que enfrentaba el país, a través del fortalecimiento de la carrera diplomática en todos sus grados.

Y quiero agradecerles también, a don Patricio y a don Enrique, aunque este último no pueda escucharnos, la sabiduría y firmeza con que condujeron Chile en los primeros años de la transición a la democracia. Siempre pusieron por delante sus principios de respeto a los derechos humanos y a las tradiciones democráticas. Así lograron el apoyo ciudadano y los respaldos institucionales que lograron afirmar una democracia que, tal como don Enrique nos recuerda en su libro, pasó por momentos difíciles.

Por fortuna, tuvieron éxito, y ello en gran medida por sus excepcionales cualidades personales y la firmeza y convicción en sus principios.”

“Estudios de Derecho Internacional”. Libro Homenaje a Profesor Hugo Llanos Mansilla. Hugo Llanos Mardones, Eduardo Picand Albónico, Editores.



Artículo de Jorge Carrasco, publicado en www.apuntesInternacionales.cl

“No me lo cuente, escríbalo”. El consejo que el diplomático Ignacio Llanos Mardones escuchó de boca de su padre –el eminente jurista Hugo Llanos Mancilla- a quien pretendía dar luces de una gran iniciativa, lo asumió como una especie de mandato, al punto que junto con su amigo y discípulo de su progenitor, Eduardo Picand Albónico, emprendieron la quimera de lograr que un vasto conjunto de expertos se diera a la tarea de exponer sus puntos de vista respecto del Derecho Internacional.

Pero no sólo eso, sino que se trataba de dar vida a un libro en homenaje a Hugo Llanos, quien, a juicio de la ministra del Tribunal Constitucional Marisol Peña Torres, “no ha dejado de tocar ninguno de los temas relevantes del desarrollo del Derecho Internacional Público de las últimas décadas y que, incluso, ha sido directo responsable de alguna de sus actuales normas convencionales como ocurre en el ámbito del Derecho del Mar.”

Y, aunque anecdótico, más difícil aún, la aventura consistía en que ninguno de los autores mencionara al homenajeado en qué pasos andaban su vástago y el alumno. El resultado fue que Llanos se enteró de que una cincuentena de profesores de Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, España, Nicaragua, República Dominicana y Uruguay le hacían un reconocimiento sólo cuando recibió el primer ejemplar de la obra ya editada.

La emoción que le produjo tal sorpresa la hizo explícita el viernes 28 de septiembre ante un Auditorio Abdón Cifuentes de la Academia Diplomática Andrés Bello repleto de calidez y de reconocimiento a su trayectoria. En la ocasión, los mencionados Ignacio Llanos, Eduardo Picand y Marisol Peña; además del profesor Edgardo Riveros Marín; del decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Central, Andrés Naudon Figueroa; y del director jurídico de la Cancillería, embajador Hernán Salinas Burgos, destacaron el valioso compendio -en dos tomos- puesto en circulación, bajo el título de Estudios de Derecho Internacional, que es prologado por la destacada jurista argentina Zlata Drnas de Clément.

En todo caso, en la ceremonia y en el coloquio posterior salió a flote un afecto que no siempre se aprecia cuando se reconoce la labor de un grande, más aún cuando su aporte es en temas tan áridos como el Derecho Internacional. Podría resumirse esto en que hay en Hugo Llanos -según lo pudo detectar un observador distante-, por sobre todo, rasgos inequívocos de una buena persona, que él atribuye en buena parte a su compañera y madre de sus cuatro hijos, María Antonieta.

Porque, ciertamente, referirse a su currículum y a su extensa bibliografía es, si no apabullante, al menos admirable. Basta señalar que se ha desempeñado como académico en diversas universidades y países, que ha cumplido labores como funcionario internacional, que ha sido miembro de la Corte de Apelaciones de Santiago y de la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya.

En su producción, son muchos los conceptos doctrinarios que se asimilan al legado que ha ido constituyendo Llanos para quienes siguen los caminos de la diplomacia y las relaciones internacionales. Edgardo Riveros, por ejemplo, relevó el valor del honor en estas, que se hace patente en el fiel respeto a los Tratados, que es una de las máximas de la política exterior de Chile y que en estos días resurge como uno de los más lúcidos compromisos de los Estados y de quienes los dirigen.

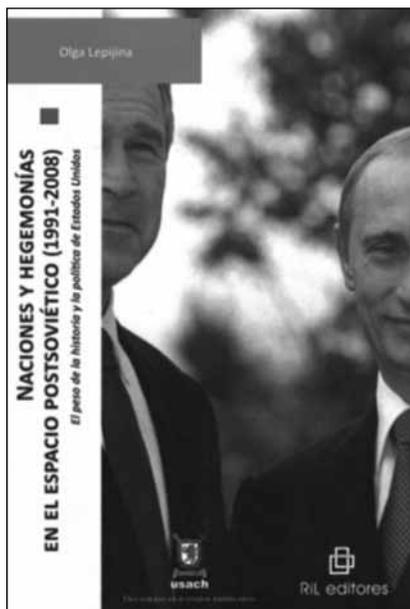
Marisol Peña, en tanto, subrayó el término “humanización del Derecho Internacional” acuñado por el profesor Llanos para poner de relieve la defensa y promoción de la dignidad del ser humano como una de las tareas a cumplir por los Estados y la organizaciones que confluyen en el mundo globalizado de hoy. La integrante del Tribunal Constitucional se atrevió con una reseña de las distintas perspectivas

de los derechos en la esfera internacional que son abordados por los expertos que intervienen en Estudios de Derecho Internacional que se comenta y están presentes en los diversos escritos de Llanos.

En definitiva, la obra de Hugo Llanos, como lo señala en el prefacio de los volúmenes presentados el Juez de la Corte Internacional de Justicia Antônio Augusto Cançado Trindade, tiene la virtud de alcanzar el equilibrio en el análisis de la solución de los problemas surgidos en la práctica (la experiencia) a la luz de los principios y la normativa del Derecho Internacional Público, o sea, el equilibrio entre la teoría y la práctica de la disciplina. Su obra está, así, destinada a permanecer como guía también para las siguientes generaciones de estudiosos de la materia.

De allí entonces que la concreción de una obra en homenaje de este intelectual chileno sólo ha sido una sorpresa para él y su reconocida modestia.

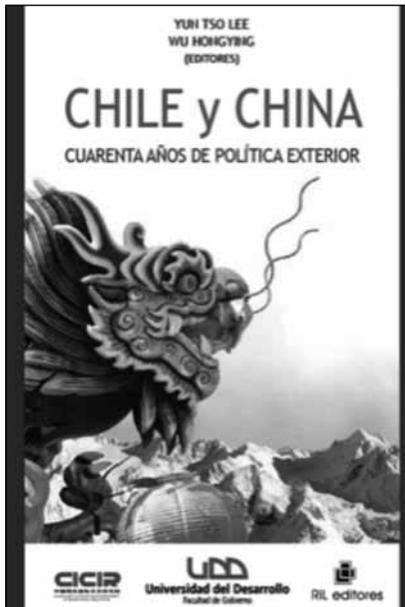
“Naciones y Hegemonías en el espacio postsoviético (1991-2008)”. El peso de la historia y la política de Estados Unidos. Olga Lepigina, Santiago: RIL editores, 2012.



El fin de la Guerra Fría coincidió con importantes cambios en las relaciones internacionales y la aparición de los fenómenos que, aunque presentes ya después de la Segunda Guerra Mundial, pasan al primer plano con el término de la controversia bipolar. Uno de estos fenómenos es la formación de los nuevos estados independientes en el espacio postsoviético. En los años 1990 la URSS, un enorme país multiétnico considerado por muchos estudiosos como el último Imperio, se desintegra en 15 repúblicas independientes en el marco de un proceso denominado por Mijail Gorbachov “el desfile de soberanías”. A la sazón, en la mayoría de estos países actuaban las fuerzas nacionalistas agrupadas en los Frentes Populares de diversos nombres. Sin embargo, la señal a la desbandada fue emitida por el presidente de Rusia

Boris Yeltsin, que llamó a las repúblicas a “tomar tanta soberanía cuanta quieran”.

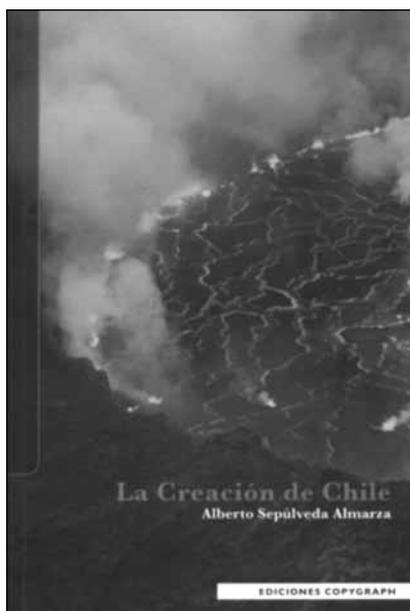
La presentación del libro se realizó el 4 de julio de 2012 en la Academia Diplomática “Andrés Bello”, el cual fue comentado por el Profesor del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Dr. Joaquín Fernandois y por el Director de la Académica Diplomática “Andrés Bello”, embajador Pablo Cabrera. Asimismo, contó con la participación del Director del Doctorado en Estudios Americanos de la Universidad de Santiago, Dr. Cesar Ross Orellana.



“Chile y China, Cuarenta años de Política Exterior”.
Yun Tso Lee • Wu Hongying
(editores): Ril Editores.

La presentación del libro se realizó en el Salón Abdón Cifuentes de la Academia Diplomática “Andrés Bello” el 4 de enero de 2012 y contó con la presencia del Subsecretario de Relaciones Exteriores, Fernando Schmidt; el editor del libro, Sr. Yun Tso Lee; el embajador de la República Popular China, Sr. Lu Fan; el decano de la facultad de Gobierno de la UDD, Sr. Eugenio Guzmán; y el Director de la Academia Diplomática “Andrés Bello”, embajador Pablo Cabrera.

El libro cuenta con un prólogo del Ministro de Relaciones Exteriores, Alfredo Moreno.



“La Creación de Chile”.
Alberto Sepúlveda Almarza,
Santiago: Ediciones Copygraph,
2012

El autor, ex profesor de la Academia Diplomática “Andrés Bello” y presidente de la Asociación Chilena de Especialistas Internacionales (ACHEI), centra parte de su análisis en las fuentes de la política exterior de Chile, contemplando el periodo que va desde la Independencia hasta el año 1891.

La presentación del libro se realizó el 29 de octubre de 2012 en la Academia Diplomática “Andrés Bello” (ACADE) y contó con

la presencia del académico Joaquín Fernandois, historiador y colaborador de ACADE.



“Epistolario de Alberto Blest Gana”. Recopilación y transcripción de alumnos ACADE dirigida por José Miguel Barros Franco. DIBAM.

Celebre como novelista, Alberto Blest Gana es menos conocido por su trayectoria como diplomático. El Epistolario, reúne en dos volúmenes más de 800 cartas del novelista y diplomático chileno, en un trabajo de recopilación y transcripción realizado por los alumnos de la promoción “Embajador Alberto Sepúlveda Contreras (2002)” y dirigida por el abogado, diplomático e historiador, José Miguel Barros Franco.

La presentación del libro se realizó el 16 de diciembre de 2011 en la Academia Diplomática “Andrés Bello”.



Academia Diplomática de Chile “Andrés Bello”
Catedral 1183, Santiago, Chile – Teléfonos (56 2) 2827 4368 – 2827 4656
diplomacia@minrel.gov.cl
www.apuntesinternacionales.cl